# LA BATALLA DE ALARCOS

por JOSE MARIA MARTINEZ VAL
Catedrático. Director del Instituto de Estudios Manchegos (C. S. I. C.) y Correspondiente de la Real Academia de la Historia

*Dedico esta monografía al Ejército español, custodio del honor, la grandeza y la libertad de la Patria.*

*No importa que trate de una batalla desgraciada. Porque de la experiencia de Alarcos salió el empuje unitario y triunfal de las Navas de Tolosa, bajo el caudillaje del mismo Rey, Alfonso VIII.*

Antes de comenzar este trabajo, conviene dar alguna justificación del tema. La batalla de Alarcos representa una página de derrota en la historia de la Reconquista. Supuso, como veremos, un grave retroceso y un profundo peligro para los reinos cristianos. El poder almohade se dejó sentir fuertemente y produjo una presión casi incontenible durante muchos años, no ya sobre la frontera, sino hasta Toledo, que significaba la capitalidad rectora e histórica, cuya conquista cristiana había sido saludada, algo más de cien años antes, con general alborozo. La derrota de Alarcos volvió a poner a Toledo, de hecho, en la primera línea de combate, en una línea fronteriza que retrocedió del Guadiana al Tajo.

Mas la labor de los historiadores no ha de ser solo alumbrar las páginas brillantes, con el clarín de las victorias. La Historia exige ser estudiada en su totalidad. Los momentos de plenitud, por otra parte —como años después de Alarcos ocurrió en Las Navas de Tolosa—



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

exigen a veces esos antecedentes de penuria y derrota, sin los cuales no se lograría la movilización de tantas fuerzas como son precisas para lograrlos. Altos y bajos, oleadas de aventuras y de desventuras, alternan en el proceloso mar de la Historia y debemos sentirnos solidarios de todos los momentos. Pues, por otra parte, también en estas páginas desgraciadas, precisamente por serlo, encontramos abundantes motivos de meditación y aprovechamiento. Al sentirnos solidarios de toda la Historia de España, el momento declinante de Alarcos adquiere un sentido más profundo y medular. Se explica por unas ciertas circunstancias nacionales que iremos examinando y a su vez explica el desencadenamiento de muchas fuerzas que, armonizadas en haz común, conducirían hasta la página de la entrada en Granada.

Además, en la elección de este tema nos ha movido otra consideración. La propia batalla de Alarcos y sus más inmediatos antecedentes yace en una cierta problematicidad. Hay muchos puntos oscuros que dilucidar. Naturalmente, no tengo la pretensión de ser yo quien los aclare. Pero sí digo que en la Historia las fuentes, ni aun siquiera las documentales mas rigurosas y auténticas de los archivos, no pueden decirlo todo. Cuando se trata de historia militar, como es la que vamos a considerar aquí, muchas veces son los rasgos del terreno una pauta imprescindible para entender los acontecimientos y para aclarar esos amplios márgenes que la concisión, la contaminación y hasta las contradicciones de las Crónicas dejan siempre a la duda y a la interpretación.

En mis lecturas sobre la batalla de Alarcos he visto que hay algo en ella que sólo el terreno puede explicar. Tuve la fortuna de acompañar, en 1952, al Prof. Huici Miranda, cuando estuvo en Ciudad Real para documentar sobre el terreno las campañas de los almohades, y, entre ellas, concretamente, la Campaña de Alarcos. Cuando publicó sus monografías sobre la materia, con la verdadera modestia del auténtico sabio, aunque puso una luz definitiva sobre muchos de sus aspectos militares y políticos, dejó en problema algún punto concreto que, en tarjeta autógrafa de 3 de diciembre de 1954, me hizo el honor y la confianza de entregar a mi estudio. En su momento verá el lector si he sido capaz de proponer una solución lógica al problema en cuestión.

He aquí un elenco de motivos que me han hecho mirar con todo cariño el tema de Alarcos, por otra parte tan vinculado a la historia y a la devoción popular de esta Ciudad Real en que están transcurriendo los años más fecundos de mi vida.



# I. EL MOMENTO POLITICO

## *1. La ascensión política de Castilla*

Pretendo dar a este estudio, ya que no tenga otros méritos, una trabazón rigurosa y lógica. Por ello parece oportuno recordar cual era el momento político en aquellas calendas. No dudo en calificarlo, desde el punto de vista de los Reinos cristianos, como el momento de la ascensión política de Castilla. Para justificarlo hay que evocar ciertos acontecimientos, llenos de significación.

Ciertamente, en los años anteriores a Alarcos, seguía siendo Castilla un «pequeño rincón». No admite comparación con la vastísima extensión que, por las mismas décadas, cubre el poderío almohade. Desde Vizcaya al río Guadiana, frontera siempre incierta y abierta, y flanqueada al Este por Aragón y Navarra y al Oeste por el matriz reino leonés, Castilla, aunque ensanchada desde aquel «mojón» de Fitero, cuando era cabeza Amaya, representaba bien poco frente a un Imperio que ocupaba todo el Norte de Africa, hasta las fronteras egipcias, descendiendo por el Sur hasta los más meridionales oasis del Sahara y hasta las tierras del Senegal y el Niger.

Pero algo debía haber en aquel pueblo, ese algo que han explicado sobre todo Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz, cuando se produce un hecho insólito. Al morir Alfonso VII el Emperador en 1157 y dividir el reino entre sus hijos, siguiendo aquella política patrimonial que tantas veces convirtió el Reino en herencia dividida entre descendientes, interrumpiendo la línea unificadora y sintética de la Reconquista, no deja a su primogénito, Sancho III, el reino matriz —León— que tenía la tradición de su grandeza, sino la Castilla que en sus primeros tiempos había sido simple Condado rebelde. Es muy posible que el Emperador sintiera ya la realidad que, muchos siglos después ha expresado tan bellamente Sánchez Albornoz:

> »Castilla o una nación en que el pueblo no era cimiento inerte
> »de la historia, que compensaba su horrible dureza con su hom-
> »bría y con su vivaz sentido del honor, que iba creando su dere-
> »cho salomónicamente, mediante sentencias de sus reyes y sus
> »jueces y que favorecía, con su devoción, a los arquetipos de su
> »especie y gustaba oir sus hazañosas gestas. Si dirigiéndose
> »a Castilla y enfrentándonos con su ascensión histórica hasta



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

»ocupar el primer puesto dentro del reino del que se había des-
»gajado como condado autónomo, repitiesemos la pregunta
»de Machado:

*—¿Qué tienes tú, negra encina campesina?*

»¿no podríamos ya dar una respuesta bien fundada? Porque fué
»como fué, pudo contener medio siglo el peligro almohade sin
»otra ayuda que algunas huestes de Aragón, cuyas soldadas hubo
»de pagar Alfonso VIII, según acredita la «*Crónica latina de los
»Reyes de Castilla*» y pudo con esa ayuda y con la de algunos ca-
»balleros navarros y un puñado de cruzados franceses de estirpe
»española llegar a vencer en las Navas de Tolosa». (1)

Las etapas de esa ascensión política de Castilla me parece que quedan bien concretadas en los siguientes Tratados, que nos van acercando cada vez más a la fecha de Alarcos, pero cada uno de los cuales acredita como prueba innegable que Castilla crecía ante los demás reinos cristianos y aspiraba a configurar una esfera de dominio que convirtiese su soberanía en verdadera hegemonía española.

El 23 de junio de 1158, apenas subido al trono el rey de Alarcos, al principio de su caótica minoría, ensangrentada por la rivalidad entre Castros y Laras, se firma el Tratado de Sahagún. Hemos de ver en él la política de un pueblo y no la grandeza de un rey o de una concreta persona. Entre Sancho III de Castilla y Fernando II de León, su hermano, se hace una verdadera división de zonas a conquistar en la España todavía musulmana. El rey de León reconquistaría desde Niebla hasta Lisboa, Montanchez, Mérida, Badajoz, Evora, Mértola, Silves, la mitad del reino de Sevilla y todos los castillos entre Sevilla y Niebla. Pero el rey de Castilla reconquistaría toda la tierra comprendida entre Sevilla y Granada (2). La mayor expansión que se reconoce a Castilla salta a la vista.

Pocos años después es ya Alfonso VIII, el rey de Alarcos y de las Navas de Tolosa, quien logra redondear, ampliando hacia el Este y sudeste, la enorme esfera de influencia que se había asegurado Castilla con el Tratado anterior. En 1179 concierta con Alfonso II de Aragón el célebre Tratado de Cazola, tan criticado por Giménez Soler, que pone el límite de la expansión aragonesa en el puerto de Biar (Alicante), reconociendo para Castilla los territorios que se extienden hacia el Sur, hasta Almería.

La política de León había sido tortuosa. Ante el poderío almohade y las campañas que sus emperadores dirigieran hacia Portugal y las fronteras leonesas, Fernando II, buscando más la paz y la seguridad de sus Estados había mantenido con ellos alianzas, dejando preteridos sus sentimientos religiosos de cristiano. Castilla, por el contrario, no se dejaba empavorecer por las campañas de Yusuf, ni por la defección del rey leonés que más de una vez puso en riesgo sus propias fronteras. Por el contrario, buscaba romper la alianza almohade —leonesa y reconstruir la unidad combatiente de León y Castilla. El generoso y político intento triunfó al fin y el día 1 de junio de 1183 los dos reyes cristianos firmaban el Tratado de Fresno— Lavandera, por el que Fernando II de León se compromete a romper la alianza con los almohades y atacar sus plazas. Y efectivamente, en cumplimiento de este compromiso, puso cerco a Cáceres (3). La importancia de este nuevo planteamiento militar en la Península no escapó al Miramamolín de los almohades, Yusuf I, que se apresuró a montar una campaña que restableciese su prestigio. Tal era la trascendencia que para el gran Imperio tenía la política decidida de Castilla. Pues el Miramamolín, que desde 1172 no había dirigido personalmente ninguna campaña peninsular vino a Portugal a poner sitio a Santarem, que había de costarle la vida.

El proceso culmina en el Tratado de Tordehumos, de 20 de abril de 1194, casi en vísperas de la batalla de Alarcos, acontecida un año después. Tal Tratado tuvo, en cierto modo, un efecto sobre los acontecimientos bélicos. Por él, los Reyes Alfonso VIII de Castilla y Alfonso IX de León acordaban una paz por diez años. Castilla la necesitaba para las empresas que intentaba su combativo Rey, que además estaba negociando otro Tratado de paz con el portugués. Tordehumos significaba la aceptación por el leonés del proyectado Tratado con Portugal, a la vez que resolvía y finiquitaba las querellas que venían envenenando las relaciones entre los dos reinos españoles desde los tiempos de Sancho III y Fernando II. Tordehumos representaba también una liquida-

(1) SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *España: Un enigma histórico*. Tomo II. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1956. Pág. 416.
La atribución de Castilla al primogénito ya había tenido un precedente en 1065: Fernando I dejó Castilla a Sancho y León a Alfonso.

(2) JULIO GONZALEZ, «*Regesta de Fernando II*», I, 33 y 241. En la «*Regesta*» se publica el Tratado completo.

(3) JULIO GONZALEZ, «*Regesta de Fernando II*», pág. 140 a 145.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

ción de las repercusiones que entre los dos reinos había tenido la acerba enemistad entre Castros y Laras. Mas en este sentido quebró la fina intención política del Tratado. Cuando Alfonso IX contrajo matrimonio con la infanta portuguesa D.ª Teresa, se pusieron como garantía de las cláusulas acordadas los castillos de El Carpio, Alba de Liste, Hobarana y Cabrera, que fueron puestos en fidelidad y encomendados a D. Pedro Fernández de Castro. Por el Tratado de Tordehumos, el rey de Castilla —sobre la base de que el matrimonio había sido declarado nulo por la Santa Sede— reconoció al rey leonés el derecho de recuperar los Castillos y negociar con el portugués que no se lo estorbase. Al no ser aceptada esta cláusula del Tratado por el poderoso D. Pedro Fernández de Castro, que iba a perder la encomienda y posesión de tan importantes fortalezas, motivó que el magnate, que ya era enemigo acérrimo del rey castellano, se desnaturase igualmente del leonés y se pasase con todas sus huestes a los Almohades, en cuyas mesnadas lo veremos jugando un importantísimo papel ante los muros de Alarcos y en el propio campo de batalla.

Mas, por encima de esta anédocta particular, la serie de cuatro Tratados representa, sin duda, la clara conciencia de Castilla como principal y más decidida reconquistadora, y una sucesión de pasos seguros para preparar diplomática y militarmente una campaña de fuerte empuje contra el poderoso Imperio de los almohades.

Alarcos —un campo de batalla, antesala de la Andalucía cuya Reconquista reivindicaba en Sahagún y Cazola— viene a significar así una página ineludible en la trayectoria de Castilla. Por eso, el hecho de que se convirtiese en una grave derrota, no quita nada a su grandeza. Alarcos representa nada menos que una cita con el destino. Un destino que se preparaba, sin embargo, conscientemente, en las cancillerías y en los campamentos.

### *2. El peligro almohade*

Pero frente a esta decisión castellana había una terrible realidad político militar: el Imperio almohade, cuya descripción geográfica ya hemos hecho. Los almohades habían logrado hacer la unidad del Africa menor: Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Tripolitania prolongándose por las vastas soledades del Sahara, cuna de fanáticos combatientes. Todos los reinos andaluces, hasta la frontera del Guadiana dependían igualmente del Miramamolín.



Abd al-Mu'min no pudo dedicarse a los asuntos de la Península, pero ya su sucesor Yusuf I hizo sentir la presencia de sus fuerzas, sobre todo contra Portugal (4). Sin embargo, la propia extensión del poderío almohade era, en cierto sentido, un motivo de debilidad. Las fuentes árabes dan cuenta de muy frecuentes sublevaciones de algunos territorios, que por la lejanía eran difíciles de gobernar desde Marrakus.

A Yusuf se le sublevó su hermano, gobernador de Bugía; tuvo también que someter la sublevación de Ibn Munjafad en Gomara; más adelante, en 1181 hubo de acudir a Gafsa, para sofocar otro levantamiento; y en 1190 la situación en Ifrikia (Trípoli, ya en el extremo del Imperio) sufrió una considerable agravación: Qaraqus se apoderó de Trípoli; prácticamente todo el territorio tunecino quedó también rebelde a la autoridad del Miramamolín almohade.

Son los años que aprovechan los reyes de Portugal y de Castilla para adelantar sus respectivas fronteras: En 1147 se toma Lisboa; el mismo año se reconquista Calatrava la Vieja y el «*limes*» cristiano queda fijado en el río Guadiana; Alarcos se funda en 1186; en 1184 los portugueses triunfan en rechazar el fuerte ataque dirigido por Yusuf I contra Santarem, cuya campaña, como hemos dicho, le costó la vida al caudillo árabe. Por eso, ante tantas pruebas de la decisión cristiana, una de las primeras que adoptó el nuevo Emperador Yaqub Al-Mansur, al suceder a su padre, fué fortificar San Juan de Aznalfarache, al Norte de Sevilla, lo que significaba claramente el propósito de atender con gran preferencia a la guerra española. De ello hubo pruebas inmediatas: las campañas de 1190 y 1191 contra Alcacer do Sal, Thomar y Silves, saliendo al frente de su ejército desde Sevilla. Yaqub Al-Mansur logró conquistar estas fuertes e importantes plazas e impuso luego a los portugueses una tregua de cinco años. Tal era la situación inmediata a la batalla de Alarcos.

## II. LOS GRANDES JEFES

### *1. Semblanza de Alfonso VIII*

No es que creamos en una interpretacion sólo heroica de la Historia. Ya sabemos que también el fondo social, la sub-Historia o intra-Historia, como decía Unamuno, gravita fuertemente sobre todos los acon-

(4) Vid. HUCI MIRANDA: «*Los almohades en Portugal*», Ed. de la Academia Portuguesa da Historia. Lisboa, 1954, passim.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

tecimientos. Pero la Edad Media, en un momento de creación de nacionalidades, cuando las estructuras sociales son todavía débiles es, sin duda, tiempo de caudillajes. En todo caso, siempre vale la pena detenerse a considerar quienes son los campeones de las fuerzas que van a combatir.

De una parte, Alfonso VIII, Rey de Castilla. El historiador toledano, D. Rodrigo Ximénez de Rada, con su característica concisión, pero con la visión profunda que también le es propia, nos da su etopeya completa desde la infancia, aquella infancia atormentada del niño Rey: «Hie ab infantia vultu vivax, memoria tenax, intelectu capax».

Por su parte, la «*Crónica latina de los reyes de Castilla*» nos da, precisamente en su circunstanciado relato de la batalla de Alarcos, una nota digna de ser destacada; como es su igualdad de ánimo: «No se descomponía mucho en las adversidades, ni se exaltaba demasiado en las prosperidades». (5)

Con el valor —quizás un valor demasiado impaciente y arrojado para el mando supremo, como han observado algunos historiadores, que le han atribuido olvido de precauciones y de la necesaria preparación lo mismo en la rota de Alarcos que en la victoria de las Navas— queda completado su carácter. Las crónicas lo reconocen tanto en una como en otra ocasión. La ya citada de los reyes de Castilla lo describe en Alarcos, cuando ya tiene la clara visión de la desgracia, como arrojado paladín al frente de sus haces, buscando deliberadamente la muerte: «El noble y glorioso rey, viendo sucumbir a los suyos en la batalla, avanzó hacia adelante y rompiendo por entre los enemigos virilmente, postró a muchos moros a diestra y siniestra con los que le asistían. Pero los suyos que le asistían más familiarmente, viendo que no podía resistir a la infinita multitud de moros, cuando ya muchos de los suyos habían sucumbido en la batalla, pues había durado el prolongado combate y se había calentado el sol a mediodía, fiesta de Santa Marina, le suplicaron que se retirase y conservarse la vida».

La misma imagen del valor desesperado, aunque con mas venturoso final, nos encontramos en la batalla de las Navas de Tolosa. Los detalles que proporciona la «*Primera Crónica general*» permiten revivir, casi plásticamente el momento en que el Rey, en persona, quiere decidir con su intervención el combate empeñado. Parece como si la sombra trágica de Alarcos gravitase sobre él y no quisiese sobrevivir a una

(5) «*Crónica latina de los Reyes de Castilla*», Ed. Cirot, págs. 41 y ss.



nueva derrota. Su ánimo está pronto para la muerte. Esta actitud heroica de Alfonso VIII es, entonces y siempre, la nota mas destacada de su personalidad. Ante ella estimo que los defectos humanos, e incluso como jefe de sus ejércitos, claudican y deben silenciarse. He aquí el texto de la «*Primera Crónica general*»:

»En tos esto, las azes de las costaneras lidiauan muy fuerte con
»las azes de los moros, et las feridas eran muchas y muy fuertes
»et della parte; mas las de los moros eran tantas et tan fuertes
»et la su muchedumbre tan grand, que unos de los nuestros
»començaron a couardar, et tornando las espaldas semeiaba
»que fuyen ia.
»Et ueyendo esto el muy noble rrey Don Alffonso, a unos uiles
»del pueblo menudo que non auien cuedado de catar lo que
»estaua mal, dixo all arçobispo de Toledo, oyendolo todos:
«arçobispo, yo et uos aquí murremos.....»

Es bien conocida la contestación animosa del Arzobispo. Pero aquí nos interesa la reacción personal del rey:

»Entonces, el muy noble rrey Don Alffonso, non demudada por
»ello la cara nin el su lozano gesto, nin el su muy noble y apuesto
»continent que el solia traer, nin demudada la palabra, parosse
»esforzado et firme, como fuerte uaron armado et como leon sin
»espanto; ca pora morir o pora uencer, firme estatua el. Et dalli
»delante, non queriendo sofrir el peligro de los primeros, uenoso
»alli apriessa, fasta que llego al corral del moro; et endereszolo
»Dios que lo fascie todo...» (6)

Nada menos que estas cualidades personales hacían falta, ciertamente, para poder contender con el Emperador almohade. Porque sus cualidades y su experiencia en el mando, habiendo tenido varios gobiernos desde su juventud, reinando su padre, eran excepcionales.

(6) «*Primera Cónica general*», núm. 1.019, pág. 703. Cit. también por SANCHEZ ALBORNOZ, C. y VIÑAS, A.: «Lecturas de Historia». Antología». Ed. Taurus, Madrid, 1960, pág. 125.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

### 2. *Semblanza de Abu Yaqub Al-Mansur*

Su ascenso al trono ocurrió virtualmente en episodio de guerra. Habia acompañado a su padre, como visir, en la campaña contra Santarem. Aunque las fuentes portuguesas *(Crónica dos sete reies,* Raúl de Diceto, Duarte Galvao) y los árabes dan versiones muy diversas de la campaña y de sus episodios, hay concordancia esencial en afirmar que cuando el Califa fué atacado, su hijo se encontró cerca de él y tomó el mando en la retirada hacia Sevilla. El *Bayan* dice que durante la retirada murió Yusuf I, pero que el hecho fué ocultado a la hueste, hasta que al llegar cerca de Sevilla se plantó su tienda, con el mismo decoro de siempre, y estando expuesto el cadáver de Yusuf, se llamó a los hijos del muerto, a los altos jefes almohades y a los jeques del Mexuar y Sayyid Abu Zayd propuso proclamar allí mismo al amir Abu Yusuf Yaqub Al-Mansur, como así se hizo, para evitar la rebeldia de gentes de cuya fidelidad se dudaba.

La misma fuente árabe nos da un primer retrato moral del nuevo caudillo almohade, que habia de ser, cuatro años después, el que se enfrentase con Alfonso VIII en la batalla de Alarcos. En ella resplandecen esas cualidades de que hemos hecho mención anteriormente:

> »Dominaba con su vigilancia todas las partes de su reino; no »se le escapaba el mérito de ninguno de sus hombres; ni se le »ocultaba nada de los asuntos de sus súbditos; nadie se atrevía »a engañarlo; en su discurso testamento, al morir, no dejó a nin»guno de sus hombres distinguidos sin que le aludiese ni a nadie »de mérito sin citarlo». (7)

Se comprende perfectamente que un hombre de tales cualidades atrajera las adhesiones de sus súbditos, hasta el extremo que demostraron muchos, incluso de alta jerarquía militar y religiosa, en Alarcos:

Su aspecto físico debia ser también majestuoso. El Merrakechi nos proporciona una bella prosopografía del pefsonaje.

«De color moreno claro, más bien alto, hermoso de rostro, tenía los ojos y la boca grandes, la nariz aquilina, las cejas muy negras, la barba redondeada, los miembros robustos, la voz sonora, la palabra abundante y de lo más precisa y elegante. Sus previsiones de una rara justeza, se realizaban casi siempre; tenia experiencia de los negocios y conocía por igual de las causas y de los efectos del bien y del mal; la práctica del visiriato, que habia ejercido en vida de su padre, le habia hecho conocer las cualidadss de los recaudadores, gobernadores, caídes y demás autoridades, así como los detalles de la administración. Sus principios de gobierno estaban inspirados en este conocimiento, que le permitía ser tan recto y equitativo, como lo exigía la época y el lugar». (8).

Tales eran los dos caudillos que se enfrentaron en la batalla de Alarcos. Personalmente, ambos eran hombres de excepción. En modo alguno fueron inferiores a la gran ocasión que hubieron de vivir.

## III. LOS EJERCITOS EN PRESENCIA

### *1. El número. Crítica de las fuentes*

Hemos de considerar también los ejércitos que se enfrentaron en la batalla, su número y su composición, hasta donde sea posible, dada la diversidad de los datos que las fuentes contemporáneas proporcionan. Tanto los historiadores árabes cuanto los cronistas cristianos dan a la batalla de Alarcos una gran significación. Marca, según todos ellos, un hito considerable en la lucha varias veces secular que nosotros conocemos bajo el nombre de Reconquista. Por eso, y sin duda también entre los árabes, por su tendencia general a la hipérbole, estimamos que el número de combatientes de ambas huestes ha sido amplificado de una manera extraordinaria. Sobre todo, desde el punto de vista musulman, a su ya anotada tendencia hiperbólica hay que añadir su natural deseo de aumentar la significación de su victoria. Más también sobre este punto, de no pequeña importancia, el terreno tiene mucho que enseñar y desmiente, con su sola presencia, los datos de los historiadores. Pues aún sobre la base de que la táctica medieval de las batallas era en orden cerrado y que las haces de unas y otras huestes cargaban codo a codo o en apretados pelotones de caballeros, ni en la fortaleza de Alarcos, que solo llevaba erigida unos pocos años y a la sazón de la batalla estaba aún sin terminar su castramentación, cabían ejércitos numerosos de Castilla; ni en los terrenos por donde pasó, en su aproxi-

(7) *Bayan,* trad. de Huici Miranda, págs. 85-86 y 207. Cit. en HUICI MIRANDA: «Las Campañas de Yaqub Al-Mansur de 1.190 y 1.191». Academia portuguesa da Historia. Lisboa, 1954. Pág. 55.

(8) *Abd-el-Wah'id Merrakechi:* «Historia de los almohades» Trad. de E. Fagnan. Argel, 1893.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

mación la hueste almohade, ni menos aún en el campo de batalla podían avanzar u ordenar sus clásicos «*tornafuye*» las decenas de miles de caballeros almohades y auxiliares de que hablan sus cronistas. Creemos más bien, tras haber analizado el campo de batalla y el itinerario logístico del ejército islámico invasor, que hay que reducir mucho los efectivos y que la importancia de la batalla de Alarcos derivó más de las consecuencias militares y políticas que produjo que de la entidad del choque guerrero.

Más, para justificar esta conclusión, que por otra parte quedará fundamentada cuando hagamos la descripción de la batalla sobre lo que fue su sangriento escenario, vale la pena que nos detengamos un momento en el análisis de las fuentes principales de que disponemos.

Como observa Huici Miranda, al hacer también un examen de las fuentes, «los Cronistas árabes son, excepto Ibn-al-Atir, muy posteriores a la batalla». (9). Naturalmente, esto les priva de gran parte de su autoridad. Pero Ibn-al-Atir es uno de los que recogen más elementos novelescos o legendarios, sin crítica alguna y sin concreción. El, que pudo, por su contemporaneidad, tener una versión directa de testigos presenciales, se dejó llevar más que ningún otro por la imaginación. Es el primero que, por contaminación de otras crónicas, árabes o cristianas de época anterior, introduce antes de la batalla una carta apócrifa, que solo tuvo realidad en una de las campañas de Alfonso VI; el que relata un fantástico juramento de Alfonso VIII, de no volver a montar más a caballo, sino en burro; el que pone a seguida de la otra batalla (febrero de 1196) en torno a Toledo y comete otros errores de no menor fuste. En ellos le siguieron otros cronistas de su misma religión: al-Nuwayri; al-Maqari e Ibn Jallikan.

No puede, pues, extrañar, que si esto le ocurrió al contemporáneo, los Cronistas posteriores, deseosos de alzar hasta los cielos la gloria de sus caudillos, hayan exagerado mucho más las circunstancias de la batalla y el número y la composición de los combatientes.

El *Rawd-al-Qirtas* es bueno en cuanto a la composición y mandos del ejército almohade, separando el dato del número, desde luego. Es igualmente bastante exacto sobre el modo en que ocurrió la batalla, según lo que puede acontecer en el terreno y por la concordancia con otras fuentes cristianas dignas de crédito.

(9) HUICI MIRANDA, A: «*La campaña de Alarcos*», separata de la «Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos», Vol. II, Fasc. 1º2, pág. 5.



El *Bayan-al-mugrib* nos proporciona ya unas cifras cuya sola comparación las hace sospechosas. Según esta fuente, los cristianos tuvieron 30.000 muertos y los ejércitos almohades y auxiliares mogrebinos solo 500. Aún dando por cierto que la iniciativa del ataque partiera, como sin duda partió y el *Bayan* registra, de las fuerzas cristianas, contra las haces islámicas que presentaban combate al pie del castillo, teniendo en cuenta que la capacidad mortífera de las armas de uno y otro bando era equivalente y su táctica virtualmente igual, esta diferencia no puede aceptarse. Aparte de que las cifras obligarían a aceptar la presencia de ejércitos mucho más numerosos por ambas partes. El cristiano de ninguna manera hubiera podido formar a lo largo de la cumbre del cerro del Despeñadero, hasta la línea del río Guadiana, en que se apoyaban los últimos bastiones del Castillo. Ni el musulmán, aún desplegado en mayor profundidad, como sin duda debió de estar, hubiera podido tampoco poner en línea de combate a tantas huestes como precisara para hacer la carnicería cristiana que dice el *Bayan*. Por otra parte, el mismo *Bayan* acepta que en principio cedió el ala derecha de la vanguardia musulmana y que el propio Al-Mansur tuvo que acudir con reservas para restablecer sus líneas. Nada menos que el Visir Ayu-Yahya, que mandaba el centro invasor murió en estos primeros combates. En tal caso, la cifra de muertos musulmanes parece pequeña, inverosímil, porque la batalla siguió hasta la tarde; no fue una mera persecución de los castellanos, única versión que podría cohonestar las cifras del *Bayan*, pero incompatible con la duración y la dureza de la pelea.

Con algunas variantes en el relato de la lucha, el *Rawd-al-mitar* repite los datos numéricos del *Bayan*. Para él vale la crítica que dejamos hecha.

Abd-al-Wahid al-Marrakuchi, escribió, copiando a otros antecedentes el *Mu'yib*. Contiene errores graves, incluso en la fecha de la batalla que pone el 13 de julio.

Al-Maqari, en su «*Analectas*», entre enormes confusiones, da las cifras más exageradas e inaceptables: 146.000 muertos cristianos; 30.000 prisioneros; 150.000 tiendas cogidas; 80.000 caballos; 100.000 mulos; 100.000 asnos. Según este autor, el valor de un prisionero cristiano llegó a ser mucho menor que el de un caballo (un cautivo, un dirhem; un caballo, cinco dirhemes).

Finalmente, en el comentario a una *qasida* (la *Qasida maqsura*, de al Quartani), Huici, a quien tanto deben las investigaciones islámicas en



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

nuestra Patria, descubre una impensada fuente, también posterior a los hechos, pero más ponderada. Se trata del comentario escrito por al-Sibti, conocido bambién por al-Garnati o al-Andalusi.

En este comentario, al-Sibti, reproduce con «se dice», que no compromete en absoluto su criterio o su veracidad, la tan repetida cifra de los 30.000 muertos cristianos, pero da una versión de la batalla muy aproximada a lo que estimamos pudo efectivamente ocurrir. A ello nos referimos más adelante.

En resumen, creemos que las fuentes musulmanas pueden agruparse en cuatro partes:

1) Ibn-al-Atir, contemporáneo, pero confuso, con gran número de elementos legendarios y con errores groseros.

2) Los seguidores de Ibn-al-Atir: al-Nuwairy; al-Maqari y Ibn Jallikan.

3) Cronistas tardíos, que culminan las exageraciones de datos y confunden episodios de la batalla con los acontecidos en otras anteriores: *Rawd-al-qitás* y *Rawd-al-mitar*. Las «*Anacectas*» de Al-Maqari, aunque enumerado ya en el grupo anterior, por ser igualmente tardío, pueden considerarse como enlace entre aquel y éste.

4) El *Bayan-al-mugrib* y el comentario a la *Qasida* de al-Qartani, por al-Sibti o al-Garnati, son textos más concretos, que recortan las exageraciones. Solo éste es hispánico. Los demás son norteafricanos u orientales, como recuerda muy atinadamente Huici.

Veamos ahora las fuentes cristianas más importantes.

Naturalmente, el número de nuestras fuentes es muy grande. Por eso, prescindiendo de las que son mera copia o contaminación de otras originales, hay que reducirse, para contener este trabajo dentro de límites adecuados, a las de autores contemporáneos, que tuvieron motivos muy directos, en algún caso, para conocer los antecedentes y las consecuencias de la batalla.

Tenemos, en primer lugar la «*Historia Ghotica o Rerum in Hispania gestarum Chonicon*, por el Arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada. Introduce algunos elementos moralizadores en el relato: La visión de Alfonso VIII, que habría de ser castigado por sus amores con una judía en la aljama toledana; incide en algún error, acerca de campañas posteriores a la batalla de Alarcos; pero cuenta con gran viveza la toma del castillo por los almohades y el engaño que D. Diego López de Haro, Señor de Vizcaya y alferez mayor de Alfonso VIII en la batalla hizo a Fernández de Castro para salvar a los Condes de Lara.



El relato de la *Primera Crónica general* directamente traducido del Toledano, aunque con algunos elementos nuevos y un vivo diálago, sigue a aquella fuente.

Mucho más breve es el que hace D. Lucas de Tuy, porque el Rey de León, su soberano, no llegó a tiempo de participar en la batalla, lo que sin duda pudo ser uno de los motivos de la derrota.

Y por fin, la «*Crónica latina de los Reyes de Castilla*», que contiene la narración más detallada y exacta de la batalla de Alarcos.

Sin embargo, ninguna de estas fuentes cristianas proporciona datos concretos sobre el número de los ejércitos, aunque, a través de las descripciones de los movimientos, de las fuerzas, de los nombres de caudillos cristianos o háfices musulmanes (jefes de las haces almohades o auxiliares) se haga posible reconstruir, con suficiente aproximación, la composición de las dos huestes y las direcciones y resultados de sus ataques y contraataques.

## 2. *La composición del ejército musulmán*

El ejército almohade, como correspondía a un Imperio de tan dilatada extensión territorial, se nutría de las más varias gentes.

Debían de formar su núcleo de más confianza y ardimiento la tribu de los Hintata, porque su mando lo tomó directamente el Gran Visir Abu Yahia, descendiente del famoso santón Umar Unti y del fundador de la dinastía de los hafsíes. Los andaluces tributarios iban mandados por Ibn Sanadid, caid africano, de gran confianza de Al-Mansur. Los Beni-Merines asisten a la batalla con su jefe Abi Bakr, que tuvo también bajo su mando todas las cabilas zanata (o zenetes). Hay árabes, guiados por Yamun ben Riyah; wadíes, por Yabir ben Yusuf; tribus de los Banu Tuyin, bajo el caudillaje de Abd al-Qawi; masmudas y haksuras, que manda Tayliyum; gomaras, del Norte de Marruecos, con su caid Muhammad ben Mungafad y los voluntarios de Abu Yazir, que como era corriente, habían acudido a alistarse cuando el Miramamolin almohade pasaba por el Norte de Marruecos, hacia Ceuta, para atravesar el Estrecho de Gibraltar.

Había además, en el ejército musulman, las mesnadas cristianas del poderoso señor D. Pedro Fernández de Castro, que ya hemos dicho se había desnaturado al firmarse la paz de Tordehumos, el año anterior, entre Castilla y León. Como era frecuente, porque el primitivo aspecto



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

religioso de la Reconquista estaba empañado por otros políticos, de coyuntura, dada la ya larga permanencia de los invasores en España, que permitía verlos como «otras» gentes hispánicas, Fernández de Castro puso sus armas al servicio del Emperador almohade; y precisamente por su carácter de cristiano jugó en la batalla y en sus inmediatas consecuencias un importantísimo papel.

En el ejército cristiano las unidades más fuertes por su espíritu y su disciplina, así como por su constante entrenamiento en algaras e intrucción, eran las milicias de las Ordenes Militares. La de Calatrava, que precisamente cubría la frontera del río Guadiana y que tenía allí, a muy pocas leguas de Alarcos, su Castillo-Convento matriz, el ahora llamado Calatrava la Vieja, donde habían fundado la Orden, en 1158, reinando Sancho III los célebres San Raimundo de Fitero y el caballero monje Ruy Velázquez, había acudido a la llamada del Rey bajo el mando de su Maestre, D. Nuño Pérez. El Castillo de Alarcos, comenzado a construir muy pocos años antes de la batalla (en 1186), aunque hubo un momento en que pareció que iba a entregarse a la Orden de Santiago, fué por fin entregado para su defensa a la de Calatrava, que tenía igualmente los de Caracuel, Benavente, Malagón y Guadalerzas.

También estaban en Alarcos las huestes de la Orden de Santiago, con su Maestre D. Sancho Fernández a la cabeza; y las de la naciente Orden de San Julián del Pereiro, filial de Calatrava, que luego había de denominarse definitivamente, Orden de Alcántara.

Había gentes de los alfoces de Vizcaya, llamados a la fonsadera de D. Diego López de Haro, alférez mayor del Rey de Castilla; y los fonsados de todo el reino, llamados por Alfonso VIII en cuanto se supo el paso por el Estrecho de la armada almohade.

De camino venía igualmente el Rey leonés, obligado por su alianza con el castellano; y las poderosas mesnadas de la Casa de Lara, que llegaron un día después de la derrota, y se abrieron paso hasta el Castillo, que aun resistía, en un último y generoso intento de defenderlo.

Tales eran los dos ejércitos que iban a enfrentarse, entre el río Guadiana y el cerro del Despeñadero, al pie del castillo de Alarcos, uno de los pétreos guardianes de la frontera cristiana.



## IV. LA MARCHA ALMOHADE

### *1. Desde el Estrecho a Salvatierra*

El itinerario del ejército almohade, desde Tarifa hasta Salvatierra, ya en la provincia de Ciudad Real, en término actual de Calzada de Calatrava, ha podido fijarse con precisión, a pesar de algunas diferencias cronológicas, variantes en días, de las fuentes árabes.

El día 20 de yumada del año 591 de la Hégira (que corresponde al día 1.º de junio de 1195) pasa Abu-Yacub Al Mansur el Estrecho de Gibraltar y descansa en Tarifa. El día 8 de junio está ya en Sevilla; el día 9 sale para visitar e inspeccionar el campo atrincherado y fortificado que ha mandado construir en Aznalfarache. Allí se detuvo varios días, pues hasta el día 22 de junio no salió de Sevilla para iniciar la campaña contra la frontera castellana. Ocho días después llega a Córdoba. No debe extrañar el dato. Todos los itinerarios de los Emperadores almohades, igual en España que por Africa, tienen la misma solemne lentitud. Eran verdaderas Cortes ambulantes, con su «*mexuar*» y tribunales, con los harenes y la impedimenta, tanto o más que ejércitos en campaña. Las tiendas eran numerosas y de gran esplendor. Su montaje y desmontaje diario obligan a etapas cortas. El ejército almohade en marcha ocupaba varios kilómetros. Las vanguardias de cada etapa acampaban en los terrenos que habían dejado las zagas de la anterior. Esto será muy digno de ser recordado cuando lleguemos a las dos últimas etapas de la marcha de aproximación del ejército almohade al campo de batalla de Alarcos. Durante cuatro días se detuvo la comitiva almohade en Córdoba y el día 4 de julio tomaba la dirección del Puerto del Muradal (Despeñaperros).

Pasado el puerto, Al-Mansur cambió el sentido de su marcha. Dirigió su ejército hacia Salvatierra, fuerte castillo edificado en la que hoy se llama Sierra de Calatrava, guardando la llanada que se extiende hacia el Sur, para vigilancia del paso del río Fresnedas que unido luego al Jándula abre un portillo profundo a través de las Sierras de la Cinta y de Calderones sobre la tierra andaluza de Andújar, ya en el Guadalquivir. Buscaba sin duda Al-Mansur el apoyo y resguardo que podía prestarle la fortaleza ante una posible iniciativa de ataque castellano desde la frontera calatrava del Guadiana, a lo largo del río Jabalón. Salvatierra era, en efecto, una posición estratégica de primer orden, igual para tomarla como base de un ataque que para cubrir una posible retirada. (Veánse los mapas y fotos aéreas que publicamos).



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

Durante su marcha por estas tierras del sur de la provincia de Ciudad Real, los almohades se vieron atacados por los freires de Calatrava la Vieja, sin duda en misión de información o de ataque a flancos o rezagados. El *Rawd al-mitar* dice que durante esta marcha de aproximación a su base de partida para el ataque, los almohades tomaron Calatrava, pero esto no es cierto. Cayó unos días después de la batalla de Alarcos, a la vez que otros castillos de la Orden, como veremos.

## 2. *De Salvatierra a Alarcos. El problema del Congosto*

Tenemos ya a la hueste almohade en su base de partida: Salvatierra. Hemos de seguirla hasta Alarcos, a cuyo pie se dará la célebre batalla. Y aquí se nos presenta uno de esos problemas que anunciábamos no pueden resolver por sí solas las Crónicas. La que hemos citado como más detallada y precisa —la «*Crónica latina de los Reyes de Castilla*»— es la única que, en esta marcha de aproximación, cita un lugar determinado, en circunstancias que denotan su extraordinaria importancia política y militar. Este lugar es el Congosto. Veamos exactamente lo que escribe la Crónica, refiriéndose primero al pensamiento de Alfonso VIII y luego a los movimientos de Abu Yacb Al-Mansur: «(Alfonso VIII) desde allí levantó el campo hacia Alarcos y allí acampó con el firmísimo propósito, según demostaron los hechos, de encontrarse con el Miramamolín citado si pasase del lugar que se llama el *Congosto*, hacia Alarcos, donde parecía estar el principio del reino de Castilla, pues prefería exponer su vida y el reino a tanto peligro y someterse a la voluntad de Dios, luchando contra el sobredicho rey de los moros, que era tenido por el más potente y rico de los sarracenos, antes que soportar que ese rey entrase en su reino en cualquier espacio de tiempo que fuese. Por eso, el mismo gloriosísimo rey de Castilla no quiso aguardar al rey de León, que iba en su auxilio y que estaba ya en la zona de Talavera, a pesar de que se le aconsejó aguardarlo por algunos varones prudentes y expertos en asuntos bélicos. Ahora bien, marchando el citado moro, o sea el Miramamolín, al lugar que se llama el *Congosto*, entre Salvatierra y Alarcos, acampó allí».

El *Rawd al Qirtas* lo situa a dos jornadas de Alarcos; pero ya hemos advertido de qué longitud eran las jornadas o etapas que hacía el ejército almohade cuando iba mandado por el Miramamolín. Y habida cuenta de que el día 11 de julio salió el ejército musulman de Salvatierra en dirección a Alarcos y llegó ante la plaza el 15 (cuatro jornadas, para tan breve espacio) ello nos obliga a buscar el lugar aproximadamente a la mitad del camino entre ambos extremos.



Huici dice que «nadie, que yo sepa, ha tratado hasta ahora de identificarlo: debe ser el Puerto de la Cabezuela, a unos 20 o 25 kilómetros al Sur de Ciudad Real y de Alarcos en la carretera de Baños de la Fuensanta al Campo de Calatrava o si acaso el Puerto del Reventón, a unos diez kilómetros más al Este, cerca de Valenzuela». (10).

Y en una tarjeta autógrafa, fechada el día 3 de diciembre de 1959, con la que me remitía su publicación me decía: «En la página 4, nota 4, hablo del Congosto, *que no he podido localizar exactamente*. ¿Conocerá Vd. ese topónimo? le *agradecería* mucho si pudiera localizármelo con certeza para la próxima edición de «*Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*».

He aquí el amistoso envite del eminente arabista español que ha tentado mi afán. El problema que intento resolver. El topónimo no existe. Ni en la actualidad, ni según parece, en los documentos o mapas más antiguos. Ni consta ni en las «*Relaciones*» mandadas hacer por Felipe II, ni en el Catastro del Marqués de la Ensenada, ni en la Cartografía de D. Tomás López, por ejemplo.

Pero «congosto» es un término geográfico y responde perfectamente, según su etimología, del bajo latín, a una forma topográfica. Congosto, del bajo latín *cum angustum*, equivale a desfiladero, paso estrecho entre montañas o alturas.

Planteada así la cosa, me parece que la solución puede presentarse si, en efecto, entre Salvatierra y Alarcos hay una topografía que pueda identificarse como congosto; y si esa situación cumple la condición, resultante de las crónicas, de estar aproximadamente a media distancia entre Salvatierra y Alarcos.

Tal situación existe y cumple la condición. Y además es, en aquella región, el camino natural, la línea lógica de invasión para ir desde la base de partida al campo de batalla en que estaba atrincherado y fortificado el Rey de Castilla. Es la zona, ancha como un kilómetro por cinco de larga, en que el río Jabalón pasa, flanqueando la Sierra del Algibe, entre cotas de 620 ms. por su orilla derecha y de 700 a 800 ms., por su orilla izquierda, desde el hoy llamado Campo de Calatrava, por donde discurre en sus cursos alto y medio, hasta las márgenes del Guadiana,

(10) HUICI MIRANDA: «*La Campaña de Alarcos*», cit. pág. 4, nota 4.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

por tierras de Pozuelo, Cañada y Corral. Tal es el único congosto geográfico que existe en el terreno que buscamos. Por otra parte, no tiene sentido ninguno que un ejército medieval, conociendo que su enemigo no se ha movido de la base en que le aguarda, una frontera guarnecida por abundancia de castillos, vaya subiendo y bajando cerros y sierras, cuando el río le ofrece una vía naturral de invasión, perfectamente accesible, llana, susceptible de ser flanqueada con gran facilidad por costaneras destacadas para este servicio, a ambos lados del eje de marcha, por el propio puerto de las Cabezuelas, al Este (ya señalado por Huici) y por el de las Chinas (al Oeste, cerca de Ballesteros de Calatrava. No puede discretamente dudarse de que por ambos irían fuerzas flanqueantes; pero ninguno de los dos serían paso del grueso del ejército almohade, que sin duda pasaría por ese «*congosto*» natural existente en el actual camino entre Aldea del Rey (al norte de Salvatierra) y Poblete, por la Fuensanta y la zona lagunar en que se remansa el Jabalón. Desde la Fuensanta, un camino a la izquierda del río, el camino de Moledores, se dirige hacia Poblete, atravesando un fácil vado (el de Valdacarachas), por donde también pasan otros caminos muy antiguos, que unen en sentido transverso dos viejas entidades de población, ya citadas en las crónicas medievales: Ciruela e Higueruela. Tomando tal eje de marcha (y teniendo en cuenta, a mayor abundamiento, que se trataba del mes de julio) queda perfectamente explicado el movimiento almohade y el cruce del Jabalón, por un vado natural, hacia el campo de batalla de Alarcos.

Lo que las crónicas, con su habitual concisión, dejaron en problema que ha durado siglos, la geografía o mejor, la visión directa del terreno, con sus rasgos indelebles nos lo revela con precisión. Tal es el *Congosto* de la «*Crónica latina de los Reyes de Castilla*» y de la árabe de *Rawd-al Qitar,* si mi explicación merece ser acogida.

### 3. *La frontera del Guadiana*

En el tiempo a que nos estamos refiriendo, y desde que en 1147 había Alfonso VII el Emperador reconquistado a Calatrava la Vieja, donde once años después autorizase Sancho III la fundación de la primera de las Ordenes Militares, la frontera del reino cristiano de Castilla estaba en el Guadiana. Por lo menos a lo largo del río, en ambas orillas, estaban los castillos que la guarnecían, ya que, según acabamos de ver, el término del reino de Castilla se consideraba más al Sur, en ese problemático *Congosto* a que nos hemos referido.



Pero, sin duda, esa región al Sur del Guadiana debía ser más bien una «tierra de nadie», semidesierta, sin ocupación ni colonización. Así lo entiende también Sánchez Albornoz, sobre un significativo dato literario. Escribe el eminente medievalista: «Las acometidas almorávides y almohades acentuaron aun más la intensa despoblación de la Mancha. Las plazas avanzadas cambiaron de mano más de una vez. La tierra en torno se hallaba tan vacía que no permitió el aprovisionamiento del ejército cristiano en su avance hacia las Navas. Berceo, al referir la milagrosa liberación, por Santo Domingo de Silos, de un caballero de Llantada que cautivado por los moros había sido llevado a Murcia, confirma que en sus días seguían desiertas grandes zonas fronterizas. El cautivo liberado por el Santo, escribe el poeta riojano,

> «Andando por los yermos, por la tierra vacía
> »arribó a Toledo en el doceno día» (11).

Centro estratégico de esta frontera del Guadiana era Calatrava la Vieja, a orillas del río, al NE. del actual pueblo de Carrión. En otro lugar hemos tratado con más amplitud de la gran significación que tuvo la Calatrava árabe, mucho antes de ser reconquistada por el Emperador de las tres religiones, Alfonso VII. Fué cabeza de un «*ribat*» o rápita, de monjes soldados musulmanes, madrisa de estudios, centro de colonización y de comercio, con abundante colonia judía, cruce de influencias políticas entre Córdoba y Toledo, después de la muerte de Almanzor, último caudillo del Califato y hasta centro de intrigas políticas de alto vuelo, como aquella de que fué protagonista el famoso «esterero de Calatrava», con el intento de restablecer el régimen califal en Córdoba. También tenemos señalado que la importancia de aquella vieja Calatrava debe remontarse a la época romana, porque a los pies mismos de sus actuales ruinas y junto al viejo molino árabe el paso que ahora los habitantes de la ribera llaman la «zúa» (señalando al antiguo azud o azuda del molino) es un evidente resto de la calzada romana que cruzaba aquel vado, sin necesidad de la considerable obra de un puente. Se trataba, pues, de un lugar de tránsito en la calzada que conducía desde Toletum a Despeñaperros, para entrar en la Bética (12).

---

(11) SANCHEZ ALBORNOZ: «España, un enigma histórico», cit., II pág. 40.

(12) Vid. con más extensión en MARTINEZ VAL, J. M.: «La expansión peninsular de la Orden de Calatrava», en el libro: «La Orden de Calatrava». Cinco conferencias». Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real, 1959.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

Tan amplia significación de la vieja Calatrava del Guadiana, en sus tiempos árabes, viene cohonoestada por su propio nombre, pues, como enseña Levy-Provençal, «en la clasificación y denominación de los castillos había una especie de jerarquización. Los más grandes, *a la vez centros urbanos,* constituían verdaderas plazas fuertes que por lo común dominaban la llanura fértil y populosa que se trataba de proteger. Llevaban el nombre de *qal'a,* que en el artículo ha pasado al español con la forma de *alcalá* (y cita Levy Provençal a Alcalá de Guadaira, Alcalá de los Gazules, Alcalá de Henares), o bien Calatayud *(Qal'at Ayub)* Calatañazor *(Qal'at al-Nasur)* o Calatrava *(Qal'at Rabah)*» (13).

En 1186, o sea, solamente nueve años antes de la batalla se había comenzado la construcción de Alarcos, unos kilómetros aguas abajo de Calatrava, como posición intermedia, antes de llegar al fuerte castillo de Caracuel que, como todos los de esta zona, era una Encomienda de los calatravos. Sin duda Alarcos, en otro vado del Guadiana, del que hay muestra por debajo mismo del puente que hoy salva el desnivel entre las orillas en la carretera de Piedrabuena (lugar de otro castillo de la misma Orden militar) fué pensado por Alfonso VIII en función exclusivamente militar, pasando sobre la insalubridad (paludismo) que hasta bien recientes campañas sanitarias ha azotado la zona.

A ello se refirió nada menos que Alfonso X el Sabio, cuando en la Carta puebla de Villa Real (hoy Ciudad Real), justificando su elección, desecha la anterior de Alarcos: «Después que fuí Rey, fui en Alarcos, e en el Castillo, e en la Villa, e oviera voluntad de poblallo, e façer hi grad villa, e bona, e probé de façerlo por todas guisas, e no pudo e fallé que assí lo probaron los otros reyes, que fueron antes de mí, e non pudieron; ca era el lugar muy doliente, e por ningun algo, nin por franqueza que les diessen, nin les fiçiesen, non podian ni fincar, ca non podían hi vivir, ca se perdien de muerte».

Los restos que quedan del castillo de Alarcos, en un pequeño mogote, al extremo occidental del cerro del Despeñadero, aunque limitan dos recintos, uno de ellos bajo, cerca del río, acreditan que se trataba de una fortaleza bien emplazada, pero de dimensiones mas bien modestas, incapaz de albergar grandes ejércitos, cual los que hemos visto enumerados por los cronistas árabes. Y aunque las huestes cristianas, al amparo del baluarte se extendieran hacia el Este, hasta el antiguo

(13) LEVY PROVENÇAL: «Instituciones y cultura árabes», en «Historia de España» dirigida por MENENDEZ PIDAL. Tomo V. pág. 35.



camino romano, arriba de Poblete, se hace imposible concebir que, en el momento de la batalla hubiera allí un gran ejército cristiano.

A la otra orilla del río, en una segunda línea defensiva, estaba, muy cercano a Alarcos, el castillo de Benavent. Y más atrás aun se escalonaban los de Malagón y las Guadalerzas, en el camino hacia Toledo, defendiendo el paso de los Yébenes. Precisamente esta fué la línea de retirada de Alfonso VIII y de las pocas huestes que pudieron salvarse del desastre.

Este era el dispositivo de las plazas cristianas en la frontera fluvial que amenazaban con su avance las tropas almohades. Nada menos que la frontera mas cercana y fácil para una invasión sobre Toledo. Por eso fué allí el choque de los dos ejércitos.

Mas esa frontera, por lo mismo que abierta y despoblada, en virtud de su dinamismo tuvo una tremenda función creadora. Hacia esa parte se polarizó el arresto reconquistador de la Orden de Calatrava; los calatravos buscaron con afán el desquite, precisamente hacia esa Salvatierra que sirvió de base de partida al Miramamolín y cuando las Navas de Tolosa lo que hicieron además de reconquistar este castillo y su lugar matriz de la vieja Calatrava, fué levantar en el cerro del Alacranejo, frente a Salvatierra, el formidable reducto de su Sacro Castillo Convento. La frontera, entonces, se pobló, pues como dice Sánchez Albornoz, «los Maestres de las Ordenes, los magnates y los Prelados hubieron de poblar sus tierras mediante la concesión de fueros municipales que, al otorgar libertades y exenciones a los repobladores, procurasen atraerlos hacia los viejos núcleos urbanos que los reyes les habían otorgado o hacia los nuevos que ellos fundaron, a su grado, en sus dominios. Y tanto los municipios de realengo como los de señorío absorbieron nuevas corrientes migratorias, afirmaron la libre contextura de vida de las masas rurales y urbanas del reino y siguieron brindando ilusiones y esperanzas a los castellanos y leoneses. Situadas en la frontera o en zonas siempre amenazadas, buena parte de las plazas donadas por los Reyes a las Ordenes o a los magnates (para que las defendieran, habían sido concedidas) sus pobladores tuvieron que luchar muchas veces contra el moro. Otros hombres, otros regímenes, otras realizaciones, pero siempre, siempre, un siglo tras otro, tras la batalla la colonización y tras la colonización la batalla» (14).

(14) SANCHEZ ALBORNOZ, C.: «*España, un enigma histórico*», cit. II, pág. 42.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

## V. LA BATALLA DE ALARCOS

### *1. El campo de batalla*

En esa frontera, donde hace unas páginas dejábamos ya a los dos ejércitos frente a frente, el día 15 de julio de 1195 llegaban las vanguardias del Miramamolín almohade. Por lo que hoy se llama camino de Valdacarachas, una vez vadeado fácilmente el Jabalón, entraron en las cercanías de lo que actualmente es la pequeña aldea de Poblete. A unos cuatro kilómetros en línea recta, sobre un cerro de 680 ms. de altitud, abrupto hacia el río Guadiana, más suave en su declive hacia Poblete, se alzaba el castillo de Alarcos.

No es fácil describir el aspecto físico que pudiera ofrecer el campo de batalla. Probablemente, sin cultivos, pues era «tierra de nadie», en el mes de julio sería un matorral, mas bien alto, espeso, de hierbas y arbustos secos y olorosos, propios de la flora esteparia. Tomillos, romeros, cantuesos, retamas, altas carraseas de corteza oscura, jaras en flor. Y pedruscos ardientes, porque estos serrijones salpican aquí y allá su dura osamenta de roca.

Haciendo un concierto de las más varias crónicas, estimo que el campo de batalla propiamente dicho ocupó algo menos de nueve kilómetros cuadrados. Estuvo limitado, al N. por el cerro del Despeñadero, desde el castillo de Alarcos hasta el último mogote, también de 680 ms. de altitud que por el E. flanqueaba el camino romano; al Sur, por la línea que va desde el actual Poblete hasta el río Guadiana, con apoyo en dos cotas de 640 ms. que descienden en dirección a Alarcos; al Este, el camino romano y al Oeste, cerrando intransitivamente el campo, en dirección Norte-Sur la línea del Guadiana.

En el centro del campo de batalla queda aún otro pequeño cerro, también de 640 ms. de altitud en que se apoyó el centro del despliegue de las fuerzas almohades, a la vez que servía para ocultar las reservas, mandadas por el propio Miramamolín, y sus movimientos. Ocultamiento que creo fué un factor muy decisivo en el desarrollo de la batalla, cuando llegó a su fase final. Las fuentes árabes, sobre todo Ibn-al-Atir y *Rawd al Qitar* hacen referencia detallada de esta colina o pequeño cerro a cuyo resguardo pudo organizar Al-Mansur su feroz contraataque, cuando ya había cedido el centro de los Hintata y perecido el Visir Abu Yahya.

En resumen, el campo de batalla se presenta como una vallonada suave, bajo el cerro del Despeñadero (720 ms.), cerrada hacia el Sur por otras eminencias más modestas e interrumpida por un mogote central.



### *2. Otro problema histórico: la fecha*

Mas antes de entrar en la descripción de los despliegues y de los movimientos de la batalla propiamente dicha, nos asalta otro problema: el de la determinación de la fecha. Ya observó nuestro historiador local Hervás, con referencia a las contradicciones existentes entre las fuentes, y sobre todo, en las dos que él usó más —Rades, historiador de Calatrava y el Obispo de Palencia D. Rodrigo Sánchez, así como el Toledano y los Anales Toledanos primeros— que «una y otra versión es harto incierta por la confusión que reina entre nuestros cronistas, al referir cuanto hace mención a tan funesta jornada» (15).

Es cierto que los Anales Toledanos dicen textualmente: «Arrancada sobre el rey D. Alfonso, en Alarcos, día mercores, en XIX de días de julio era MCCXXXIII».

Sin embargo, la «*Crónica latina de los Reyes de Castilla*» proporciona otra fecha, que tenemos por más cierta: el día de Santa Marina, que es el día 18 de julio. Téngase en cuenta que Santa Marina y sus ocho hermanas, oriundas de Orense al parecer, tuvieron gran culto y devoción popular durante la Edad media española. Su fiesta era bien conocida y el Cronista, al fijarla por tal conmemoración religiosa en vez de por una simple fecha numeral, parece que concreta más, por la adscripción de un recuerdo a tal advocación.

Pero es que además, concierta más el 18 de julio que el 17 con la cronología musulmana, pues según ésta el día 17 ya presentó batalla el Miramamolín, que no fué aceptada por el rey castellano, ante lo cual, se retiraron a sus tiendas los almohades hasta el día siguiente, en que realmente fueron atacados. Y al otro, es decir, dejando una noche entre la batalla y la entrega del castillo, no sin que antes consiguiesen entrar los refuerzos que traía la Casa de Lara, es cuando el castillo fué tomado, previa la peripecia anecdótica que luego hemos de referir. A esta pérdida del castillo, una jornada después de la batalla propiamente

---

(15) HERVAS, INOCENTE. «*Diccionario de la Provincia de Ciudad Real*». Ciudad Real: 1918. Pág. 389.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

dicha, puede y debe referirse la fecha del 19 de julio que dan los *Anales Toledanos* y viene siendo repetida. (16).

### 3. *El despliegue de los ejércitos*

Nuevamente, cuando se trata de reconstruir lo que fué el despliegue inicial de los dos ejércitos y su posición de partida para la tumultuosa batalla, nos encontramos con algunas diferencias entre las fuentes árabes y las cristianas. Descontando, como ya hemos hecho, las notorias e increibles referencias acerca del número de las fuerzas combatientes, creemos que, sin embargo, por la concordancia de unas y otras en aquellos puntos esenciales que más coinciden puede establecerse el siguiente:

*a)* Por lo que afecta al ejército almohade, cuya abigarrada composición ya hemos anotado, según *Rawd al Qirtas,* el Gran Visir Abu Yahya, que recibió con la enseña califal el mando de la vanguardia —reservándose el Miramamolin el directo de la reserva— puso a los andaluces y zeneta en su ala derecha; a los magribies, en la izquierda; los Aghaz o Guzz en una *primera línea del centro,* mientras los arqueros ocupaban la segunda; y el propio Abu Yahya, con los Hintata, a cuya gente pertenecía, ocupó el centro, probablemente apoyado en el mogote o cerro que domina toda la llanada, mirando hacia Alarcos.

No conocemos con esta precisión de situaciones la que ocupase el ejército de Alfonso VIII, pero es perfectamente presumible, por los movimientos que luego veremos ocurrieron durante la batalla, que los Caballeros de Calatrava ocupasen el centro de la primera línea; teniendo a su izquierda a los de Santiago y Pereiro y a su derecha a las mesnadas concejiles y señoriales del fonsado que se había hecho por toda Castilla. Mandó toda esta vanguardia Don Diego López de Vizcaya. En el castillo y sus aledaños estaría el Rey, con las reservas cristianas.

Creemos que esto debió ser así, porque lo más arduo de la batalla ocurrió por el centro y derecha de las haces africanas, que cedieron al primer choque, obligando a una intervención decisiva del Visir, que halló la muerte en el encuentro. Un ataque así, sereno y ordenado, es escuadrones muy cerrados, llegando con el pecho de los caballos, sin perder la formación, hasta las picas con que los esperaron los Guzz, los andaluces y los zenetas, lleva el sello típico de una carga de Caballeros de ánimo ardiente y bien mandados.

Por lo que respecta al despliegue que nos da el *Rawd al Wirtas* para los almohades, el más concreto y minucioso, hemos de decir que lo critica, como poco convincente, el ilustre Huici. «Esta distribución arbitaria del *Rawd al Qirtas* —nos dice— encierra el contrasentido de que, según el mismo autor, el cuerpo de caballería cristiano que inicia el ataque arrolle a los Hintata en el centro y mate a su visir Abu Yahya sin tropezar con la vanguardia, cuyos componentes, de pronto, rodean por todas partes a los ocho o diez caballeros atacantes y los exterminan».

No creo, a pesar de la autoridad de este escritor, que por solo esa observación quepa discutir, a falta de otros datos precisos, el despliegue que nosotros aceptamos. Porque la narración de la batalla es más bien imprecisa; se hace imposible reproducir con detalle sus movimientos; no se conoce exactamente cómo y en qué forma murió el Visir, en el centro de su vanguardia y siempre queda la posibilidad de que la caballería cristiana, queriendo aprovechar la fisura que siempre se produce entre unidades combatientes hiciese un ataque en cuña, entre andaluces y arqueros, dejando a su flanco derecho a los Guzz, que a la vez podrían ser atacados por otra oleada, de frente, llegando hasta el centro de los Hintata donde estaba el Visir. O bien, que un retroceso del ala derecha almohade, que también registran sus crónicas, permitiese llegar la oleada de hierro de la caballería de las Ordenes hasta el centro enemigo, buscando desde el principio, impetuosamente, una decisión. Hay varias hipótesis de aceptable explicación, sobre la base de los relatos, forzosamente incompletos, muy esquemáticos, de la batalla. Pero sus grandes rasgos esenciales pueden, desde luego, ser perfectamente evocados.

### 4. *Los movimientos*

Los días 15 y 16 de julio, según la cronología que parece más segura, hicieron los almohades su marcha desde el Congosto hasta las cercanías del castillo de Alarcos. Sin duda, con sus turbantes y alquiceles multicolores, según el gusto de la fantasía oriental y con su masa —impresionante, aunque no tan numerosa como dicen sus Cronistas— ofrecerían un formidable espectáculo a los cristianos, guarnecidos en

(16) También HUICI, el primero que sepamos, propone la fecha 18 de julio como exacta para la batalla de Alarcos. Op. cit.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

las alturas de su cerro y tras los muros del castillo. La gran tienda roja del Miramamolín y las también ostentosas de su casa y harem, las del *Mexuar* que le seguía, como Corte trashumante y las de los caídes y jeiques de tribus se extenderían en las cercanías de lo que hoy es Poblete.

El día 16 transcurrió también en campamentar, sin que los cristianos hicieran ningún movimiento, pues esperaban mesnadas del rey de León, que ya estaba en Talavera de la Reina, y de la Casa de Lara.

Pero el día 17 de julio, sin que los cronistas expliquen el porqué, Alfonso VIII, al rayar el día, presentó sus huestes al pie del cerro del Despeñadero, en haces de batalla. Bajo un sol implacable piafaron los caballos y sufrieron los caballeros el calor y la sed, sin que los almohades aceptasen el reto. Sin duda, Yacab Al-Mansur quería darles algún descanso, tras las largas marchas que habían sufrido. Ante la inacción de los almohades, a la caída de la tarde del mismo día 17, la hueste cristiana volvió, cansada y sudorosa, a sus bases de partida.

Pero durante la noche del 17 al 18, los jefes almohades pusieron en marcha el dispositivo que habían acordado en el consejo de guerra celebrado el día 13 en el Congosto y que coincide, según creemos, con el que acabamos de citar. Así, con las primeras luces del alba del 18 de julio, los cristianos vieron con asombro, en el mismo campo elegido por ellos el día anterior, a las compactas y bien formadas haces de sus enemigos. Todas las crónicas, igual árabes que cristianas, pero sobre todo el *Bayan* y la *Crónica latina*, coinciden en registrar que la sorpresa del mando cristiano fué muy grande. Sus huestes, en la parte alta de la loma, si creemos al *Rawd al Qitar* (y efectivamente nos parece probable que para el descanso nocturno hubieran elegido las alturas), aunque en la posición básica de despliegue que hemos descrito, no tendrían buen terreno para formarse y evolucionar. La pendiente del cerro del Despeñadero hacia el campo de batalla es pedregosa y abrupta, de terreno difícil y en modo alguno apta para la evolución y ataque con 6.000 u 8.000 caballos, si es que la fuerza cristiana llegaba a este límite.

Pero todas estas circunstancias de sorpresa y terreno no hicieron cejar a Alfonso VIII en su empeño, demostrando el día anterior, de presentar o aceptar la batalla lo antes posible. Los historiadores le culpan esta impaciencia, pues efectivamente el día siguiente llegaba un refuerzo —el de los Lara— que no estaba lejos y que hubiera podido ser decisivo. Como las fuentes árabes, al hablar del botín recogido —con las notorias exageraciones que hemos aludido repetidamente— dicen de



mulos, caballos y prisioneros, mas no de provisiones y víveres, se ha pensado que sobre Alfonso VIII pudiera pesar la preocupación de la falta de abastecimiento de un ejército tan numeroso como el concentrado, en una frontera sin víveres; o bien, que tuviera confianza en que la abigarrada constitución de la hueste enemiga fuera un factor de debilidad, por rivalidades de tribu y falta de coordinación de movimientos.

El hecho cierto es que Alfonso VIII acepta la batalla en el acto y que sus mesnadas, no demasiado bien emplazadas, comienzan atacando.

La religiosidad de los musulmanes se pone bien de manifiesto entonces. Al presenciar los preparativos cristianos, el emir árabe Yarmun ben Riyah recorre las filas de la vanguardia exhortando con suras coránicas a los combatientes. Abu Yahya, en el centro, hace lo mismo, con su gran autoridad religiosa y política. El *Qirtas* nos ha conservado su arenga, breve y vibrante: «Compañeros musulmanes: Resistid en vuestras filas; no abandoneis vuestros puestos; ofreced vuestra intención y vuestras obras a Dios y tenedlo muy presente en vuestros corazones, porque una de dos: o conseguís el martirio y el paraíso o el mérito y el botín» (17).

Los árabes dicen que la caballería cristiana avanzó en escuadrones cerrados, ordenada y serena; la *Crónica latina*, por el contrario, manifiesta que «saliendo del real de repente y menos ordenados avanzan al campo se encuentran con los moros y en la primera haz de los cristianos caen grandes varones, Ordoño García de Roda, y sus hermanos; Pedro Rodríguez de Guzmán, Rodrigo Sánchez, su yerno y muchos otros. Vagaban los árabes para la destrucción del pueblo cristiano; infinita muchedumbre de saetas sacadas de las aljabas de los Partos vuelan por el aire y las flechas lanzadas al azar hieren a los cristianos. Se lucha por ambas partes fuertemente...»

Con las narraciones árabes podemos completar mucho más lo que fué la batalla. Parece indudable que comenzó con un fuerte ataque del centro y ala izquierda de la caballería cristiana sobre el ala derecha de los árabes, formada, como sabemos, por andaluces y zenetas. Ninguna de estas dos agrupaciones tenían fama de bravura. Antes bien, se les consideraba, y no solo en esta ocasión, sino a lo largo de la Reconquista en sus últimas fases, como malos combatientes, sin ardor ni resistencia. Pudo también contribuir a esta elección de lugar a donde

---

(17) Cit. y trad. por HUICI MIRANDA: «*La campaña de Alarcos*», cit. pág. 16.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

dirigir el ataque principal cristiano la consideración del terreno, que por esa parte se abre en franca llanura, donde las formaciones de caballería, en caso de éxito inicial podrían completar con mas facilidad el exterminio del ala derecha árabe.

Ante la primera resistencia de los zeneta y andaluces, la hueste de caballería cristiana vuelve grupas, reajusta sus líneas y su formación y ataca de nuevo. Esta segunda galopada hizo ceder al enemigo musulmán. Lo dicen sus propias crónicas. Es entonces cuando penetrando entre los andaluces de una parte y los Guzz y los arqueros de la otra, la caballería cristiana debió llegar al centro de la primera línea almohade, allí donde dirigía el combate el piadoso y guerrero Visir. El choque debió ser tremendo y peligroso para todo el ejército invasor. El Visir tuvo que entrar en combate personalmente, al mando de sus fieles Hintata. En el choque encontró la muerte.

Es entonces cuando nuevas mesnadas cristianas avanzaron también por el ala derecha contra la izquierda almohade, buscando una decisión. Y aquí las crónicas nos dejan un resquicio para la fantasía o la hipótesis. En el ataque al centro Hintata parece que los caballeros cristianos, después de dar muerte al Visir Abu Yahya se apoderaron de algunas insignias califales. Bien sea para ponerlas a recaudo, como glorioso botín espiritual de guerra, bien porque en sus maniobras hicieran las huestes un nuevo retroceso (pues tanto cristianos como musulmanes utilizaban, en sus cargas de caballería la táctica del «tornafuye»), el hecho es que algunas haces árabes de la retaguardia, viendo flotar sobre el polvo de la feroz arremetida las enseñanzas de su Califa, que avanzaban hacia el campamento cristiano avanzaron y pudieron restablecerse las líneas. O bien, que el Miramamolín, informado con exactitud de lo que ocurría y adivinando el grave riesgo de la división de su frente, pusiera en juego sus reservas. No puede decirse con exactitud porque incluso muchas de las fuentes árabes no explican bien cual fué la intervención personal de Al-Mansur Yacub.

Por lo que hemos dejado transcrito de la *Crónica latina* se deduce, sin embargo, que los arqueros no perdieron su formación cerrada y con sus disparos, además de hacer muchas bajas entre los cristianos, constituyeron en el centro del campo, junto con los Guzz, un núcleo de resistencia, que sirvió de pilar cuando, en la segunda fase del contraataque musulmán que hemos referido, comenzó un envolvimiento de la derecha cristiana, dirigido a lo largo de la línea del Guadiana, hasta los mismos escarpes del Castillo.



Como los Hintata, y por delante de ellos los arqueros y los Guzz resistieron en el centro las acometidas cristianas, la última fase de la batalla se nos presenta como un doble envolvimiento mediante la prolongación de las alas almohades, que tenían a sus respectivas espaldas amplias llanadas para organizar sus «tornafuye», a lo que alude, sin duda, la *Crónica cristiana*, cuando dice que los enemigos «vagaban», por el campo.

Si la intervención del Miramamolín almohade presenta alguna duda, está fuera de discusión la del Rey de Castilla, en los términos de heroismo desesperado que ya hemos tenido ocasión de comentar cuando hicimos su semblanza. Se metió personalmente en el combate al frente de sus reservas, mató e hirió a muchos; buscó la muerte cuando ya tuvo la evidencia de la derrota y sólo por la iniciativa e imposición de sus más inmediatos seguidores se logró que abandonase el campo.

Por su parte. D. Diego López de Vizcaya tuvo también que replegarse al castillo, que tuvo que entregar al día siguiente, a pesar de los refuerzos que recibiera, de los Lara.

El final de la batalla puede imaginarse con relativa facilidad, como un acoso de las haces árabes hostigando a las cristianas contra el talud del cerro, mientras éstas, imposibilitadas para maniobras por lo abrupto del terreno en que se replegaban, sufrían unas veces las pasadas de la caballería almohade y otras los disparos en masa de sus arqueros El Rey se salvó, con una pequeña hueste de caballeros, saliendo por una poterna auxiliar que daba sobre el río. El castillo quedó envuelto y sitiado por los vencedores que llegaron a creer que el propio Rey no había podido salvarse. Fué D. Diego López quien quedó al mando de los sitiados y facilitó al día siguiente, como diligencia previa a la entrega y rendición del castillo, una inspección que demostrase que el Rey de Castilla no se encontraba dentro.

Esta rendición, según la versión portuguesa de la *Crónica de los Reyes de Castilla* se encuentra rodeada de un ambiente novelesco, que parece contornear con negras tintas la persona de Don Diego López que, al parecer, en un solo día quebrantó cuatro promesas que tenía hechas, a saber: nunca dejar a su señor en el campo y retirarse con su pendón; no dar nunca villa ni castillo de su señor; no dar jamás rehenes que no rescatase y no volver el rostro atrás después de espolear a su caballo para hacer una espolada. Pues las cuatro, según el Cronista, quedaron rotas con motivo de la batalla de Alarcos: Con el pendón del Rey, como su alférez mayor, se entró en el castillo cuando aún el Sobe-



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

rano estaba combatiendo; se retiró, comenzada una de las espoladas, al advertir que su hueste no le seguía; dió en rehenes a unos caballeros para salvarse él, con los de Lara, (éstos disfrazados para poder engañar sagazmente a D. Pedro Fernandez de Castro, que los había exigido al Miramamolín, por su contribución al combate), cuyos caballeros no rescató, por lo que perecieron en Africa; y, en resumen, entregó el castillo, que en manera alguna podía ser defendido. Los supervivientes fueron pocos; unos habían seguido al Rey, en limitadísimo grupo; otros, se habían acogido al no lejano castillo de Calatrava, con la esperanza de reorganizarse, para lo que ya no hubo lugar.

En esta última fase de intimación y rendición del castillo de Alarcos tuvo una intervención personal muy decidida el desnaturado D. Pedro Fernández de Castro, que conociendo los Condes de Lara, con su hueste, al llegar en la madrugada del 19 de julio a la vista de Alarcos, habían podido forzar el sitio en entrar en la plaza, mediante una briosa arremetida, pidió al Miramamolin la entrega de sus tradicionales y familiares enemigos, desde los ya lejanos días de la minoría de Alfonso VIII. Naturalmente, Al-Mansur se lo concedió, y fué D. Pedro Fernández de Castro quien parlamentó con Don Diego, dirigió la pesquisa para averiguar si aún estaba allí el Rey y concedió las condiciones, que consistieron en dejar libre al de Vizcaya, que habría de salir acompañado por solo dos caballeros. Accedió el de Castro. Pero Don Diego haciendo cambiar a los dos Condes de Lara, que eran yernos suyos, sus armas por las de otros, pudo sustraerlos a su venganza. Cuando el de Castro, dueño del castillo, conoció la sagaz añagaza de que había sido victima, ya era tarde. Don Diego López de Vizcaya y los dos Condes de Lara cabalgaban lejos de allí, camino de Toledo.

## VI. CONSECUENCIAS MILITARES Y POLITICAS

Es evidente, según concordancia fundamental de las crónicas, tanto cristianas como árabes, que ese objetivo supremo de las guerras, el aniquilamiento del ejército enemigo, había quedado logrado a favor de los almohades, en el grado en que esto era posible en una guerra nacional, donde las levas que significaban los fonsados reales o señoriles permitían siempre rehacer —aunque con tiempo— las fuerzas militares. Pero no puede dudarse que el ejército de campaña del reino castellano había quedado deshecho, sin posibilidades de rápida restauración.

Solo esa lentitud de movimientos que era propia de la época y más aún del lento y ceremonioso andar del ejército almohade, pudo salvar a Castilla de un desastre mucho más profundo y general.

Por lo pronto, la frontera del Guadiana y su guarnición calatrava se hundieron sin remedio. Esto era grave, porque en los cuarenta años desde su fundación, la Orden de Calatrava se había mostrado siempre de una eficacia guerrera de primera categoría. Era una milicia ardiente y combativa, bien mandada, disciplinada y eficiente. Un verdadero ejército profesional, con todas las virtudes de tal y sin ninguno de los defectos que, años adelante, aparecerían, en gran parte por los efectos de esta misma batalla.

Pero no es cierto que en ella muriese el Maestre Don Nuño Pérez de Quiñones (cuarto de la Orden). No lo dice la circunstanciada *Crónica latina*, que sin embargo cita a otros caídos de mucha menor entidad; no lo registran tampoco los historiadores de la Orden, aunque alguno (Caro de Torres, por ejemplo) se hace eco de esta cuestión, si bien para negarlo, sobre la base documental y cierta de que años después aparezca el Maestre D. Nuño aceptando unos heredamientos que el Rey dió a la Orden en el lugar de Ronda, en la ribera del Tajo, que habían sido de los Freyres de Trujillo, por haber perdido la Casa de Calatrava mucha hacienda en esta batalla (18).

Las «*Definiciones de la Orden y caualleria de Calatrava*», de 1748 (19) dicen que este Maestre «hallóse con sus Caualleros en Compañía del Rey Don Alfonso en la nombrada batalla de Alarcos, en que los cristianos fueron vencidos y muchos muertos y presos. El Rey y el Maestre se retiraron a Guadalerza. Perdióse luego el Castillo de Alarcos...».

Esta versión nos parece la más verídica, sobre el supuesto de la supervivencia del Maestre, que no ofrece duda. Por su categoría, es lógico que saliese con el Rey, en su retirada, acompañado por muy pocos fieles. Pues, luego, del Castillo, no salieron más que las tres personas que ya conocemos.

Pero si el Maestre no fué muerto en la batalla, la Orden si quedó herida de muerte. Todos sus Castillos cayeron uno tras otro en breves días: Calatrava, Caracuel, Benavente, Malagón, las Guadalerzas. Hasta los Yébenes no paró el empuje almohade. Los caballeros de Calatrava supervivientes en Castilla fueron muy pocos y el Comendador mayor

(18) CARO DE TORRES, Licdo. Francisco; «*Historia de las Ordenes Militares*». Madrid, imp. de Juan González, 1629. Pág. 54.

(19) Vid. ed. de la Imprenta Mercurio. Madrid, 1748. Págs. LX y LXI.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

Don Martín Martínez tuvo que emplearse muy a fondo para reconstruir sus efectivos por las tierras de Ciruelos, Zorita, Cogolludo y otra tierras de Guadalajara. En 1198, es decir, tres años después de la derrota, consta que la Orden tenía otra vez, en Castilla, 400 hombres de a caballo y 600 peones o ballesteros de a pie, con los que hizo su famosa entrada por sus antiguas tierras, al parecer desde la parte en que hoy se levanta Viso del Marqués, llegando hasta Salvatierra y reconquistándolo audazmente, en plena tierra de moros. Ese dato de los 1.000 calatravos que reaparecen tres años después de Alarcos nos sirven para comprender hasta donde había llegado el efecto destructor de la batalla. Mas no fue esto sólo. Aprovechando este debilitamiento momentáneo, los caballeros calatravos de la Encomienda mayor de Aragón, con cabeza en Alcañiz, quisieron separarse. Y en 1196, reunidos en capítulo eligieron a D. García López de Moventa, con el intento de hacer allí convento mayor y cabeza de toda la Orden. El movimiento secesionista abortó por las singulares dotes diplomáticas del Comendador mayor D. Martín Martínez, en quien la prudencia y el tacto político corrían parejas con el arrojo y la decisión militar.

Por la batalla de Alarcos, pues, la frontera cristiana retrocedió al Tajo. Por eso, un año después (1196) la expedición almohade puso en grave aprieto a Toledo, Madrid, Alcalá de Henares; Huete, Cuenca y Uclés, nombres todos que nos hacen retroceder a los reinados de Alfonso VI y Alfonso VII. Y en la expedición de 1197 no solo volvieron a ser sitiados Toledo, Maqueda y Talavera, sino que se perdió Plasencia.

La Orden de Santiago, aunque sufrió también mucho en la batalla, quedó más intacta en sus pertenencias y quizás sea esta una de las causas influyentes en su mayor desarrollo posterior. También en ella la disciplina interior se quebrantó, seguramente a consecuencia del viraje político que dió el Rey de León. Pues los caballeros leoneses, guiados por Gonzalo Ordóñez intentaron también, como los aragoneses con Calatrava, una separación. El Maestre legítimo, D. Gonzalo Rodríguez, pudo superar el propósito y la secesión fracasó.

Estos movimientos internos de las dos poderosas Ordenes Militares tenían entonces una importancia extraordinaria, en la doble vertiente política y militar, no solo en cuanto eran eficaces instrumentos de guerra, sino porque, sobre las fronteras de los reinos, establecían un vínculo de unidad combatiente y cristiana.

Desde el punto de vista político, la batalla de Alarcos representó un eclipse momentáneo de aquella ascensión política de Castilla. Los reyes de León y de Navarra se apresuraron a bienquistarse con los almohades, cuyo poder parecía de momento invencible; y olvidando las reiteradas alianzas y Tratados rompieron con Alfonso VIII y las establecieron con el Miramamolín almohade, temerosos de que este llegase a atacar sus reinos.

Salvó a Castilla de un aislamiento peligroso la actitud de Aragón. Impulsado Pedro II de Aragón por su madre, entusiasta partidaria de Alfonso VIII, el mismo año (1196) que subió al trono, tuvo vistas en Avila con el Rey castellano y cerraron estrecha y fiel alianza. Vigilantes desde los altos de Palomera, para evitar cualquier sorpresa, en cuanto tuvieron noticia de que el rey almohade con gran parte de su ejército marchaba hacia Marruecos, cayeron en expedición de auténtico castigo sobre las tierras leonesas. Atacaron Castroverde, Benavente, Astorga, la región entera del Bierzo y castillos de las cercanías del propio León.

No creemos que haya que ver aquí solamente el afán de venganza por la defección. En el pensamiento de Alfonso VIII estaba también, sin duda, la significación de que, cuando León no contase con el apoyo de los almohades, habría de optar entre la lucha a muerte con el castellano o su unión franca con él para debelar a los infieles.

Tal pensamiento se concretó. Pues cuando, en 1197, tras la campaña ofensiva de que fué víctima Castilla y de que dejamos hecha mención, regresó el Miramamolín almohade a Marruecos, el Rey de León se apresuró a ajustar nuevas paces y alianzas con el Castellano. Todo, pues, se restableció con bastante rapidez. Los almohades no pudieron cosechar las últimas consecuencias de su triunfo. Y la tenacidad de Alfonso VIII tuvo su premio, pocos años después (1212) en la batalla de las Navas de Tolosa.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

SANCHEZ ALBORNOZ, Claudio: «En torno a los orígenes del feudalismo». Buenos Aires, 1944, 3 vol. En el vol. II hay un magnífico estudio sobre las fuentes musulmanas para la Historia medieval española.

SANCHEZ ALONSO, B.: «Historia de la Historiografía española». Vol. I. Madrid, 1947. (Para la época que interesa a este estudio, vid. el Cap. II, págs. 87 a 204.



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

HUICI MIRANDA, Am: «Colección de Crónicas árabes de la Reconquista». 2 vol. Publi. del «Instituto General Franco», Tetuán, 1953.

IBN IDARI (O ABEN ADARI): «Bayan al-mugrib (o Bayano al-Mógrib)». De excepcional importancia (se le llama «cementerio de crónicas desaparecidas e ignoradas», seg. *Aguado Bleye).* Edic. La mejor traducción española en la obra de *Huici:* «Col. de Crónicas árabes». Hay también los dos vol. publicados por *Dozy* en Leyden, 1883; el tercero publicado por *Levy-Provençal,* en París, 1930; la ed. española de *Fernández y González,* en Granada, 1860; la ed. francesa de *Fagnan* (2 vol.) de Argel, 1904.

ABDELWAHDID EL MARRAQUEXI: «Historia de los almohades». Ed. de *Dozy,* en Leyden, 1874; de *Fagnan,* en Argel, 1893; de *Fernández y González,* en Granada, 1862; de *Codera,* (estudio particular de esta fuente, en «Revista de Aragón», 1904, tomo V, págs. 507-508).

ANONIMO DE MADRID Y COPENHAGUE (atribuido también a *Aben-Basam).* La mejor edición y más accesible para españoles, es la hecha por *A. Huici Miranda,* en «Anales del Instituto General y Técnico de Valencia», vol. II, 1917. Hay también el est. sobre esta fuente, de *Besthorn,* en «Miscelánea de estudios y textos árabes», Madrid, 1915, vol. 8.º, págs. 3-9.

IBN AL-ATIR: «Annales du Mogreb et de l'Espagne». Trad fr. por *E. Fagnan,* Argel, 1901.

ZERKECHI (atribuído a): «Cronique des almohades et des Hafcides». Trad. fr. por *E. Fagnan.* Argel, 1893. Y Constantina, 1895.

ABEN ABI ZARA: «El Cartás. Noticias de los reyes del Mogreb e historia de Fez». Ed. esp. por *A. Huici Miranda,* en An. del Inst. Gen. y Técnico de Valencia. III, 1918.

MENENDEZ PIDAL, R.: Crónicas generales de España». Ed. crítica en el «Catálogo de la Real Biblioteca. Manuscritos». Madrid, 1898.

ALFONSO X EL SABIO: «Primera Crónica general de España». Ed. por *Menéndez Pidal,* vol. V de Biblae, Madrid, 1906.

AL SARIF AL GARNATI: «Comentario a la «Qassida maqsura» de Hazim al-Qartani». Ed. de difícil consulta. El Cairo, 1925. La ha estudiado García Gómez, en *Al Andalus,* fasc. I, pp. 81 y sig. *Huici Miranda,* este solo precisamente para obtener datos sobre la batalla de Alarcos. *Huici* hace una alta valoración de esta fuente, para el tema concreto que nos ocupa.

ANONIMO: «Crónica latina de los reyes de Castilla, hasta 1236». Ed. por *Cirot* en tirada aparte del *Bulletin Hispanique.* El manuscrito está en la Biblioteca Real de Madrid (2-I-2). Hay otros en las Bibliotecas Nacionales de Madrid y París.

FLOREZ, PADRE ENRIQUE: Ed. de los «Anales Toledanos, I» (que alcanzan hasta 1219). «España Sagrada», XXIII.

HUICI MIRANDA, A.: «Historia de los almorávides y almohades». Madrid, 1957.

BEL, A.: «Les almoravides. Les almohades». Orán, 1910.

ASIN PALACIOS. M.: «Origen y carácter de la revolución almohade», en «Revista de Aragón», 1904, V. pág. 498 y sigs.

BOSH VILÁ, J.: «Sugerencias acerca de la fuente histórica almohade Kitab al-Rawi Al Mitar». En Est. Edad Media Corona Aragón, IV. 1951. Págs. 426-431.

SEYBOLD, C. F.: «Die geographische Lage von Zallaka-Sacralias (1086) und Alarcos (1195)», en AHI, 1906, XV, págs. 645-651.

PEREZ DE CASTRO, M.: «Los almohades: la batalla de Alarcos». Revista de España, 1871, XXIII, págs. 407-412.

HUICI MIRANDA, A.: «Las campañas de Ya'qub Al-Mansur en 1190 y 1191». En «Anais da Academia portuguesa da Historia», II Serie, Vol. I, págs. 55-74, 1954.

HUICI MIRANDA, A.: «Los almohades en Portugal». En «Anais da Academia portuguesa da Historia», II Serie, vol. 5. Págs. 12 a 51.

HUICI MIRANDA, A.: «La campaña de Alarcos». En «Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos». Vol. II Fasc. 1-2, 1954.



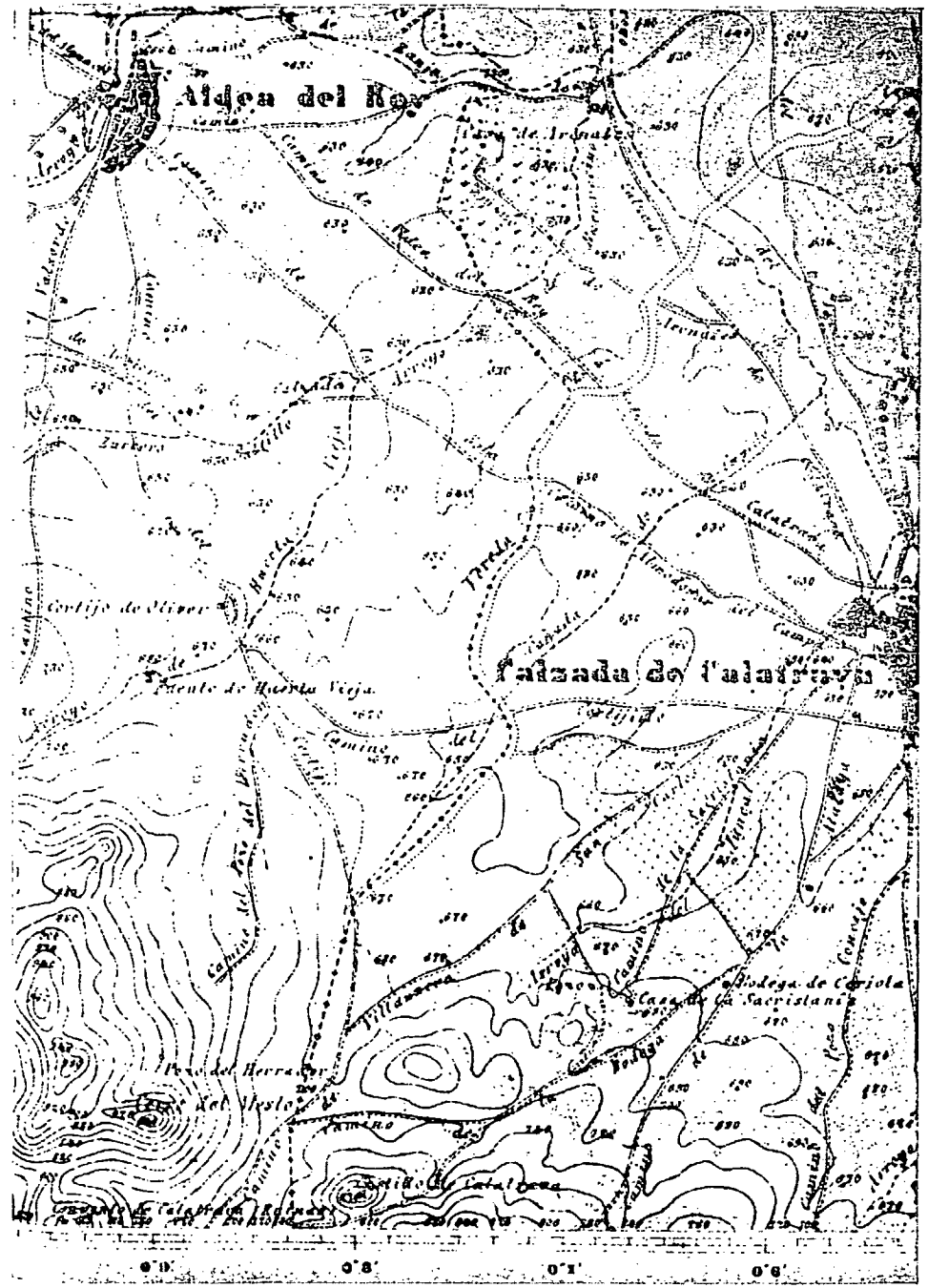
Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

ANTUÑA, M.: «Campañas de los almohades en España», en «Religión y Cultura», 1935. Págs. 372 y sigs.

GONZALEZ, Julio: «Regesta de Fernando II». Instituto «Jerónimo Zurita», del C. S. I. C., 1943.

GONZALEZ, Julio: «Regesta de Alfonso IX», Instituto «Jerónimo Zurita», del C. S. I. C., 1944.

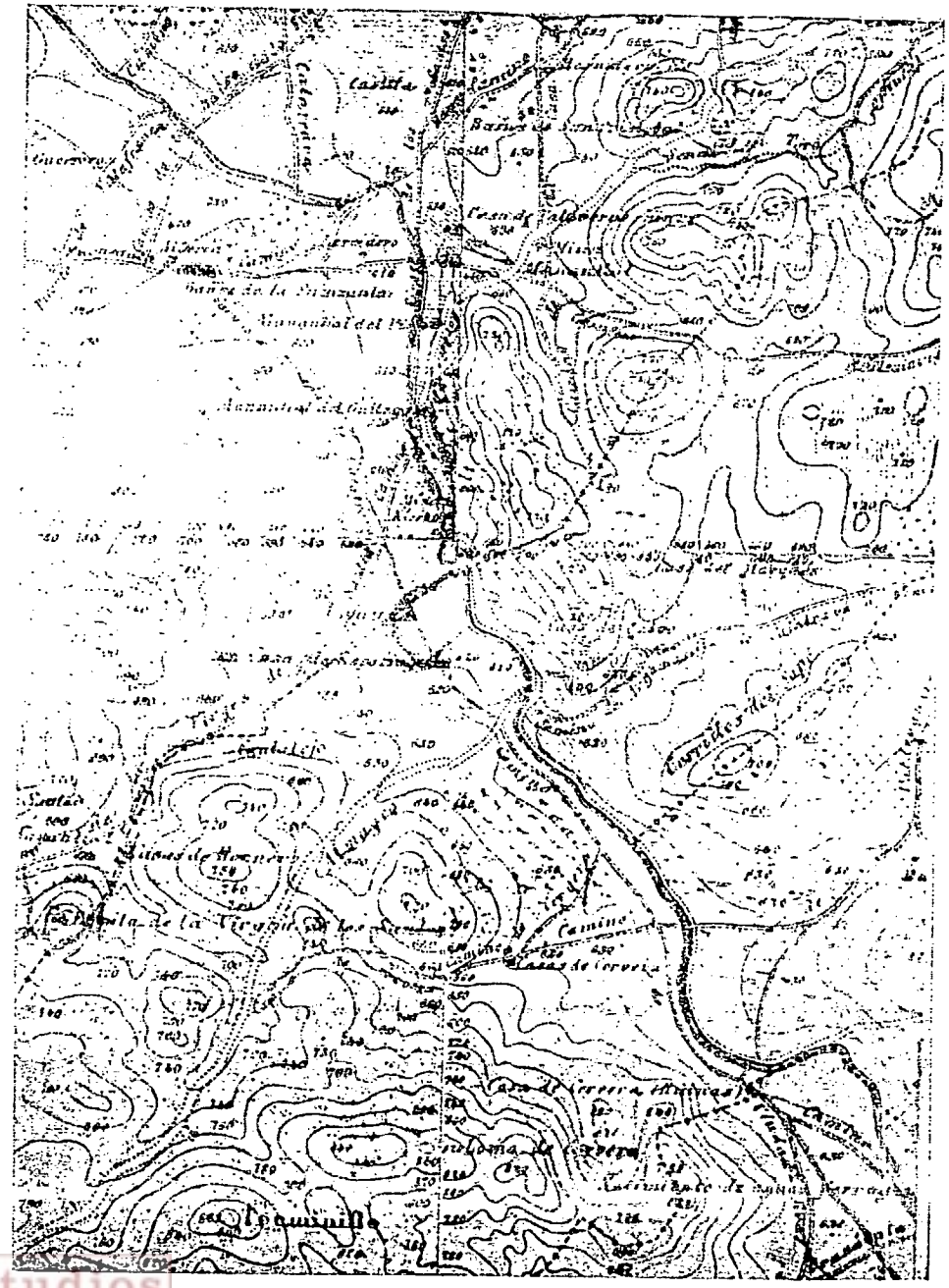
GONZALEZ, Julio: Obra en curso de publicación, en 3 vol., sobre reinado de Alfonso VIII. (C. S. I. C.: Dos vol. de documentación, como las «Regestas» antes citadas; y otro tercer volumen de texto).




Mapa 1.—Base inmediata de partida del ejército almohade. En la parte sur, donde el mapa dice (con error) Castillo de Calatrava, está el Castillo de Salvatierra. El eje de marcha debió de ser el actual Camino del Cortijo, hacia Aldea del Rey.

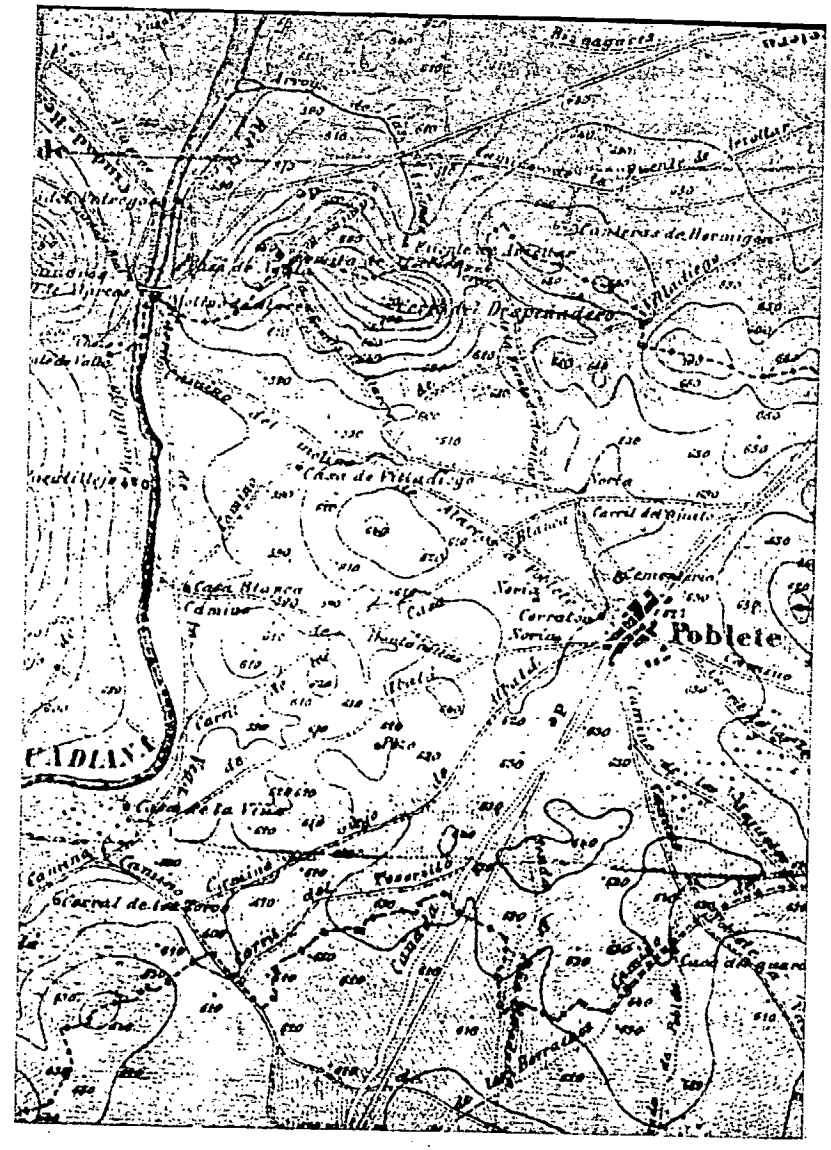


Centro de Estudios de Castilla-La Mancha



**Mapa 2.**—Esta carta geográfica expresa el único *congosto* que existe entre Salvatierra y Alarcos, paso del río Jabalón en las cercanías de la Laguna y Baños de la Fuensanta, entre dos alineaciones de alturas y cerros. (Véase también la correspondiente fotografía aérea)

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha




**Mapa 3.**—Campo de batalla de Alarcos. Ejército de Alfonso VIII, al N. apoyado en el Castillo (actual Ermita) y cerro del Despeñadero.—Ejército de Abu Yacub Al-Mansur, en el S. (Camino viejo de Albalá). En el cerro de cota 640 se apoyaba la vanguardia almohade, mandada por el Gran Visir Abu-Yahya. Por el W. el campo de batalla quedaba limitado por el Guadiana. (Para total comprensión, véase la correspondiente fotografía aérea).

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

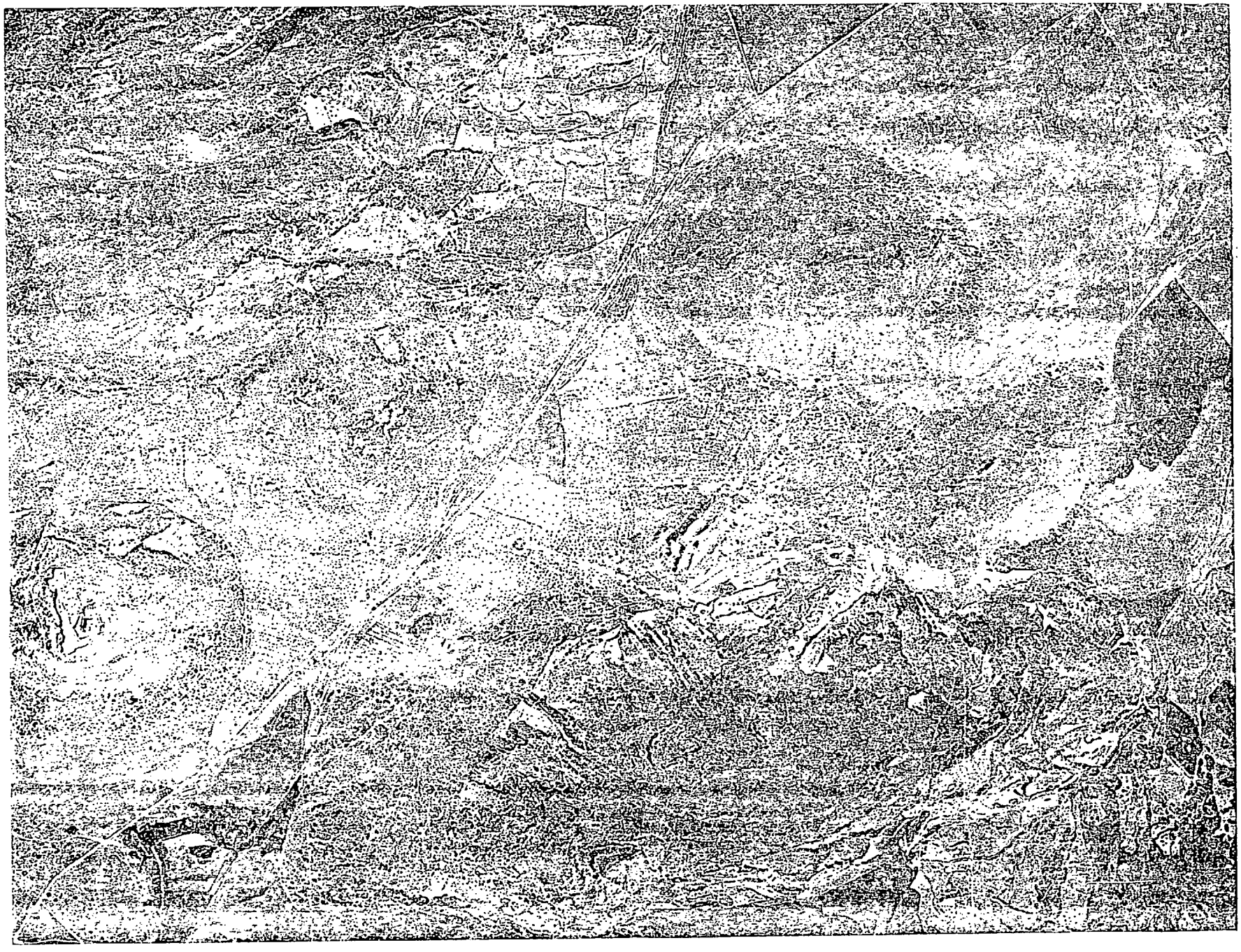


**Foto n.º 1.**—Base de partida inmediata del ejército almohade. Proximidades del Castillo de Salvatierra. (El de Calatrava la Nueva, abajo, a la izquierda, no estaba construído, a la sazón de la batalla de Alarcos). (La publicación de ésta y las siguientes fotografías aéreas ha sido expresamente autorizada por el Ejército del Aire y el Excmo. Sr. General Presidente del Consejo Superior Geográfico).

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

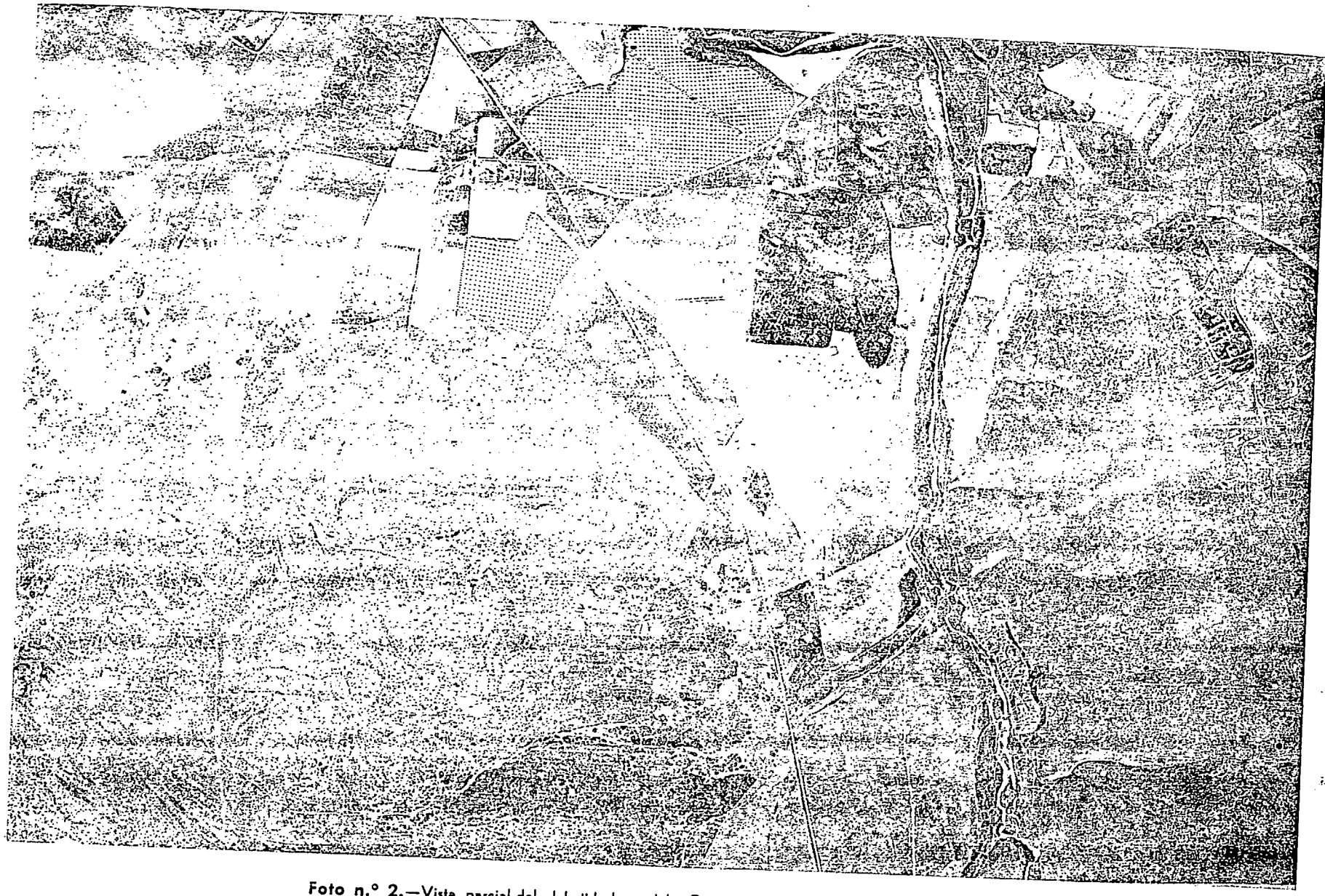
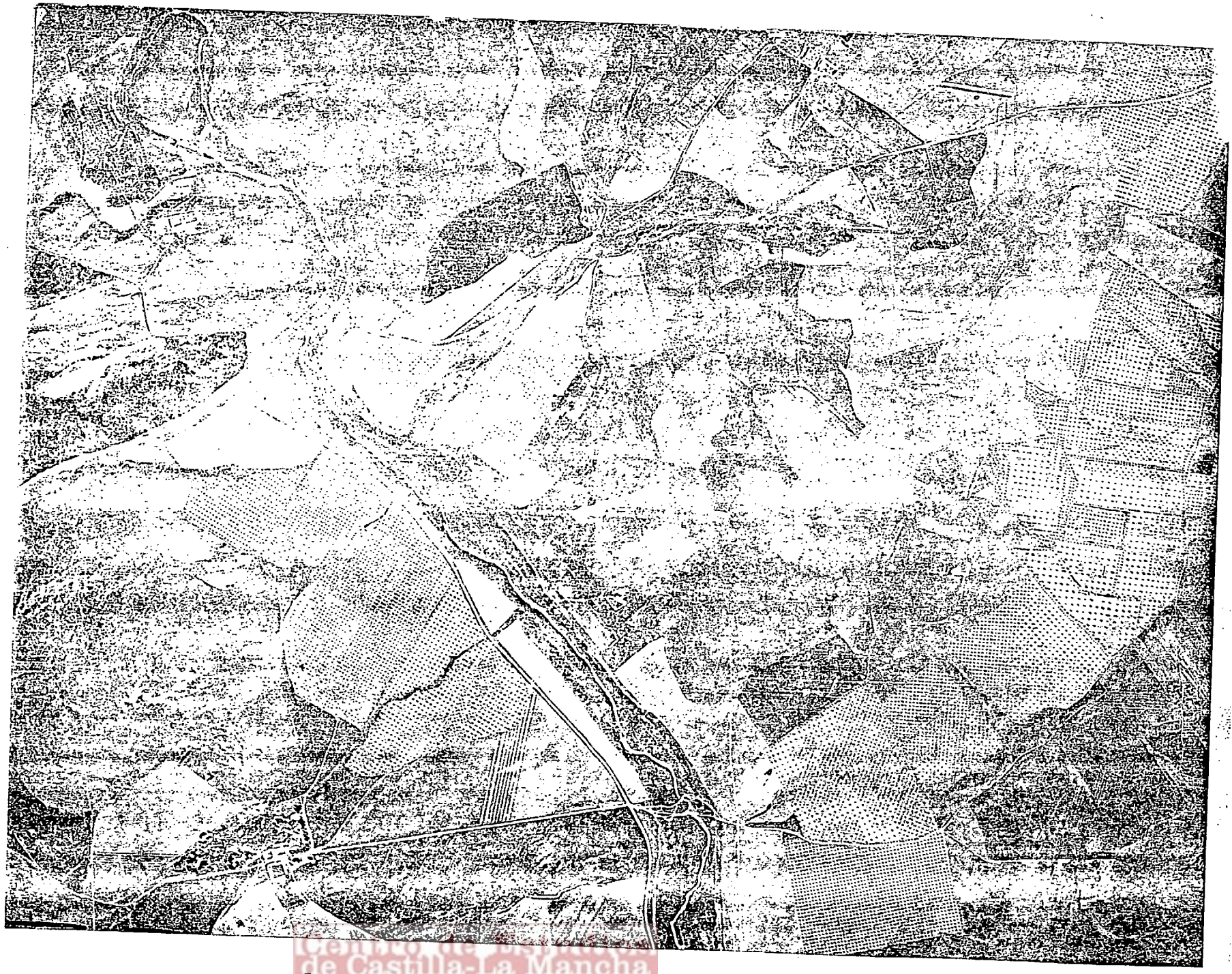


Foto n.° 2.—Vista parcial del debatido lugar del «Congosto», en las proximidades de los Baños de la Fuensanta, cuya construcción se aprecia a la izquierda de la carretera.

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha



Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

**Foto n.º 3.**—Otra vista parcial del «Congosto». El río Jabalón flanqueado por alturas.

**Foto n.º 4.**—Campo de batalla de Alarcos. Al lado del río Guadiana, el cerro de Alarcos y la Ermita (sobre el antiguo castillo del siglo XII. Cerro del Despeñadero. Casi en el centro de la fotografía aérea, el mogote o cerro en que se apoyó el centro almohade mandado por el gran Visir Abu-Yayha.

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha